

En cambio de los gozes
Que me das cada día,
¿Qué me pides? Veloces
Momentos de alegría;
Con bullicioso estrépito
Mis libros derribar.
Derribalos, y deja
Que en la pintada alfombra,
Con justo aire de queja,
Se levante la sombra
Del inmortal Hipócrates
Que vas á destrozar.

¿Qué importa? El labio ríe,
Y bajan en tu auxilio
La arra, que te sonríe,
Y el autor del *Emilio*,
Y Musset, luz simpática
Cuya vida es pasión.
Todo es ya tuyo; llega;
Derriba por el suelo
Al gran Lope de Vega,
Y en tu risueño anhelo
Haz caer sin escrúpulo
A Tirso y Calderón.

Todo te es permitido
Con tal de que, cansada
De haber tanto corrido,
La faena terminada,
Medio cerrado el párpado
De ganas de dormir,
El estante vacío
Y el desorden doquiera,
Vengas, dulce bien mío,
En tu frente hechicera,
De mi amor, que es sin límites,
Un beso á recibir.

¡Un beso! Estrecha forma
Del paternal cariño;
Nido que alegre forma
Con sus labios el niño,
Y, sin embargo, símbolo
De un amor inmortal.
Recíbelo en tu frente,
Hija del alma; un día,
Ya libre, independiente,
Pensarás, hija mía,
¡Cuán hondo es, cuán verídico
El beso paternal!

ADOLFO VALDEERRAMA.

EL MARIDO DE MI MUJER

La comedia de corte moratiniano cuya publicación se inicia en el presente número de la REVISTA, y de la que es autor el literato Enrique Kubly, uno de los más brillantes y celebrados escritores de la República, fué estrenada con éxito en el teatro «San Felipe» de esta ciudad, en la noche del día 22 del próximo pasado Julio.

PERSONAJES

D^a. Casilda.
Clara.
Telesfora.
Juana.
Pascual.
Julián.
Pedro.
El portero.

La acción en Madrid.—Época actual.

Acto I

La escena representa un salón.—Dos puertas á la derecha, dos á la izquierda y otras dos al fondo.—El mueblaje es elegante.—Entre las dos puertas del fondo hay un armario.—Pende del techo una araña de luz eléctrica encendida.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA

PEDRO — JUANA

PEDRO (Que entra con una canasta que contiene varias botellas empujadas en papel de color, y se aproxima al armario.—Habla dirigiéndose á Juana, que entra tras él.)—Es extraño que usted no conozca al amo.

JUANA (Con impaciencia.)—Ya le he dicho á usted que mi ama se casó en Barcelona, donde fué á pasar algunos días con motivo del centenario de Colón.—Yo no la acompañé porque estaba con el tifus.—Tuve que quedarme en Sevilla. La señorita Clara fué con una amiga, y la doncella de ésta las servía á las dos. Yo llegué ayer á Madrid. El amo había salido la noche antes para Burgos á ver á su sobrino que se estaba muriendo. Esta mañana el criado se emborrachó, dió un escándalo y fué necesario despedirlo. El portero me dijo que conocía un hombre serio que había servido en la casa de pupilaje que está en frente y que podría venir enseguida. ¿Está usted?—¿Quiere saber algo más?

PEDRO—Bueno, bueno; no digo nada más. (Deja la canasta en el suelo y se pasa el pañuelo por la frente.)—De todos modos, es desagradable para un hombre como yo obedecer á alguien; pero á lo menos cuando los señores son discretos y comprenden los respetos debidos al servidor, se puede tener la paciencia de soportarlos.

JUANA (Con sorna.)—Pues no es usted poco lleno de pretensiones, hombre!—Si querrá usted que le paguen para dar órdenes á los amos!

PEDRO (Suspira y cruza los brazos sobre el pecho, mirando á Juana con severidad.)—Si usted hubiese nacido en mi cuna, hablaría de otro modo. No me destinaban ciertamente mis padres al servicio... las desgracias de familia me han reducido al estado deplorable en que me encuentro... es una caída terrible debida al mal gusto de la nobleza extranjera...

JUANA—¿Pertenece usted á la nobleza española?

PEDRO (Con desdén.)—¡Nobleza!... Yo soy republicano desde el día fatal en que el príncipe Noleski infirió á mi padre la sangrienta injuria de arrojarle de su casa, acusándole de traición.

JUANA (Con curiosidad.)—¿Su padre de usted le hacía el amor á la princesa?

PEDRO—¿Qué princesa ni qué ocho cuartos!—El príncipe era un viejo solterón que tenía más de setenta años.

JUANA—Pero ¿cómo lo traicionó su padre? ¿fué cuestión de política?

PEDRO (Riendo sarcásticamente.)—¡Política! ¿quién se ocupa de semejante tontería? El príncipe había sido Ministro, y estaba, naturalmente, acostumbrado á comer bien.

JUANA—Naturalmente.

PEDRO—Mi padre era un gran jefe...

JUANA—¡Ah!, ya comprendo: mandaba un batallón ó un regimiento.

PEDRO (Con indignación.)—No, señora, no: jefe de cocina.

JUANA—Cocinero.

PEDRO (Con dignidad.)—Jefe de cocina del príncipe que le pagaba veinte mil pese-

tas anuales. Además, mi padre hacía el mercado...

JUANA—¡Vamos!, que sisaría en grande.

PEDRO (Haciendo un gesto de desdén.)—¿Sisar?... Así dicen los cocineros... los jefes le llaman: beneficios del empleo.

JUANA—Llámelo usted como quiera; es lo mismo: siempre resultará que el gran jefe se quedaba con una buena parte del dinero para la compra. ¿Y por qué perdió su padre tan magnífica posición?

PEDRO—Por causa de una liebre. Voy á contarle á usted la historia. Mi padre tenía en Madrid la reputación de un gran guisador de liebres, y el príncipe era loco por ese plato.—Convidaba lo menos dos veces por semana á varios amigos suyos que eran de su mismo gusto. Mi padre preparaba algunas liebres, y el príncipe y sus compañeros se chupaban los dedos.

JUANA (Moviendo la cabeza en señal de desaprobación.)—¡No me parece muy distinguido para uno señores de la aristocracia eso de chuparse los dedos!

PEDRO (Mirándola con lástima.)—¡Mujer ignorante! Chuparse los dedos, no quiere decir que se chupasen los dedos...

JUANA—Y entonces... ¿qué se chupaban?

PEDRO—Quiere decir que les gustaba mucho y que elogiaban el guisado y al que lo hacía.

JUANA—¡Ah!, muy bien; ya comprendo; pero ¿dónde está la desgracia del gran jefe?

PEDRO (Suspirando.)—Oiga usted. Un día el príncipe había invitado á diez personas, condes, marqueses y duques, á comer el famoso guisado, y mi padre había puesto tanto esmero en su confección que estaba seguro que el señor le aumentaría el sueldo de que gozaba y lo llevaría á Rusia. ¿Usted comprende? El Emperador hubiera concluido por nombrarle jefe de sus cocineros, y esto era más que ser Ministro. Pero—y aquí viene lo injusto y lo odioso del caso—el príncipe y sus convidados comieron, y no encontraron bueno el guisado: les pareció que aquellas liebres debían ser de calidad inferior, ó que mi padre no había sido tan feliz como siempre al cocinarlas. Esto era terrible: el jefe tembló en medio de sus batallas...

JUANA (Rectificando.)—En medio de las cacerolas.

PEDRO (Con dignidad.)—Baterías de cocina.

JUANA—Como usted quiera; y luego?

PEDRO (Suspirando.)—Luego, un golpe más fatal aún le esperaba: de pronto entra el príncipe en el salón donde se hallaba mi padre y le apostrofa, gritándole furioso: ¡Miserable! ¡Me has dado gato por liebre!

JUANA (Demostrando el más vivo interés.)—¿Y era cierto?

PEDRO (Que ha dejado caer con desaliento los brazos á lo largo del cuerpo.)—¡No, no, mil veces no; era una atroz calumnia!

JUANA—Pero ¿cómo el príncipe?...

PEDRO (Con desaliento y como abrumado por el recuerdo de tan horrible desventura.)—Mi padre siempre había servido al príncipe gato por liebre... pero ese día, no encontrando los gatos necesarios, resolvió hacer guisado de liebres... ¡de verdaderas lie-

JUANA (Con impaciencia.)—Pues no entiendo...

PEDRO (Moviendo la cabeza con tristeza.)—El príncipe extrañó el gusto del guisado, porque... ¡ójigalo usted bien! ¡el desgraciado no había comido nunca una liebre: todas habían sido gatos.

JUANA (Riendo.)—Es muy gracioso... pero calle usted... me parece que llaman... (Se oye un timbre que suena en lo que se supone el vestíbulo.) Voy corriendo á abrir... concluya usted de poner las botellas en el armario... ¡cuidado que no falte alguna! Usted tiene nariz de aficionado al vino, y esto es un regalo que manda al señor un cosechero de Jerez... voy... (Sigue sonando el timbre. Juana vase por la puerta del fondo.)

PEDRO (Que la ha seguido con la vista, se vuelve y se mira al espejo, tocándose la nariz que está muy colorada.)—¿Acaso se bebe con la nariz?—¡Mujer sin instrucción! (Sigue palpándose la nariz.) Verdad que parece de color muy subido... pero yo creo que es porque estamos en primavera, cuando todo madura... Hoy no he bebido nada más que tres botellas de valdepeñas ordinario... (Volviéndose y empujando á sacar las botellas de la canasta.) Y el jerez tiene que hacer buen efecto, porque, como dijo el otro, el vino generoso es mejor que el mal vino, como el agua clara y limpia es peor que el vino malo... (Mirando á todos lados.) ¡Si pudiera llevarme una botella...

ESCENA SEGUNDA

Dichos y JULIÁN

JUANA (Que entra detrás de Julián.)—Caballero, tenga usted la bondad de decirme su nombre para pasar recado á la señora... ya le he dicho que el amo está ausente y que...

JULIÁN (Mirándose al espejo y arreglándose el cabello y el bigote.)—Bien, bien; eso no importa nada... ¡no recibe á nadie! Mejor: nos encontraremos solos... lo que tengo que decirle no necesita testigos... (Toma actitud de calavera presuntuoso.)

JUANA—Pero... ¿qué la he de decir?

JULIÁN—Cualquier cosa... que está aquí un caballero que desea hablarla por un asunto...

PEDRO (Que sigue agachado sacando las botellas del canasto.)—Muy urgente!

JULIÁN (Volviéndose hacia Pedro.)—¡Muy bien dicho!... asunto muy urgente...

pero, ¡calle!, si es Perico, el antiguo criado de la casa de huéspedes de doña Ramona... ¿tú por aquí? (Vuelve á mirarse al espejo.)

PEDRO (Poniéndose de pie.)—¡Señor Quintanilla!

JUANA (Que ha oído con sorpresa el nombre de Quintanilla. Aparte, á Pedro.)—Es el amo... voy á avisarle á la señora... ha venido sin anunciarse por telégrafo como había convenido. (Sale por la primera puerta de la izquierda.)

PEDRO—¡Señor Quintanilla! ¿Usted mi nuevo amo?

JULIÁN (Con asombro.)—¡Calle! ¿qué estás diciendo?

PEDRO—No es extraño que el señor no lo sepa; parece que el ama ha tenido que despedir al criado que traía de Barcelona, porque era un borrachín.

JULIÁN (Riendo.)—¡Ja, ja!... y te ha tomado á ti, que eres un borrachón; te acuerdas cuando robabas de noche las botellas de vino del comedor á doña Ramona?

PEDRO (Con dignidad.)—Señor de la Quintanilla, crea usted que yo no tocaré en esta casa ninguna botella...

JULIÁN (Encogiéndose de hombros.)—¿Y á mí qué me importa?

JUANA (Acercándose á Julián y haciéndole una profunda reverencia.)—El señor puede pasar á la habitación de mi ama.

JULIÁN (Sorprendido y balbuceando.)—¿Cómo!... que entre á la habitación... pero ¿y si está ocupada?... no me parece...

JUANA—La señora está vistiéndose... me ha pedido su peinador... y me ha dicho: dile al señor que venga.

JULIÁN (Confuso.)—¿Ustedes comprenden... uno no está preparado para estas cosas...

JUANA (Indicándole la puerta.)—La señora espera...

JULIÁN (Cada vez más turbado.)—Pero si hay inconveniente...

JUANA—¡No, señor! ¡qué ha de haberlo!... se estaba poniendo el corsé... (Suena el timbre.) La señora se impacienta... Hágame usted el favor de entrar porque el ama me va á reñir si el señor no pasa á su habitación. (Á Pedro, que ha concluido de poner las botellas en el armario.) Venga usted; tiene que ir donde voy á decirle. (Ambos salen del salón por una de las puertas del fondo.)

ESCENA TERCERA

JULIÁN (solo)

JULIÁN (Que queda solo en el salón, se aproxima á la puerta que le ha señalado Juana y parece decidido á entrar, pero luego se detiene; las piernas le tiemblan y retrocede.)—Yo soy un calavera... es decir, quiero serlo... mi tío me decía siempre: hazle el amor á las mujeres casadas, nunca á las solteras... sé muy atrevido... si te dicen que no, ¡adelante!—si te llaman insolente, sigue con brío;—si te injurian y hasta si te pegan, no desmayes... la audacia te hará salir triunfante... (Se acerca de nuevo á la puerta, pero no se atreve á entrar.) ¿Qué diría mi tío si viese que no entro corriendo á la habitación de mi conquista? Pero yo no me esperaba esta facilidad. Yo me decía: se va á resistir y me va á echar de su casa... pero esto me desconcierta... no creía que pudiera aceptarme tan pronto... no vengo preparado... (Da un paso hacia la puerta); pero es necesario que entre... ¡qué diría mi tío si me viese!

CLARA (Que ha escuchado con estupefacción lo que acaba de decir Julián.)—¡Pero... ¿está usted loco?—¿no sabe usted que soy una mujer casada?

JULIÁN (Moviendo la cabeza con aire afirmativo y pasándose la mano por la barba.)—¿Y eso qué importa, señora? Su marido es un viejo tirano. (Aparte.) [Yo no sé si es tal viejo; mi tío me ha dicho que esto hay que decirlo siempre.]

CLARA (Que se ha dirigido al cordón de la campanilla.)—¡Caballero!, si usted no sale inmediatamente, llamo á los criados y le hago echar de mi casa con la pareja de la guardia civil.

JULIÁN (Asustado.)—No, señora, no, me voy... yo soy una persona decente, pero mi tío me dijo que las mujeres casadas están siempre dispuestas á engañar á sus maridos, con tal que el que las pretenda sea ducho, insinuante, persuasivo, apasionado...

CLARA (Riendo, se deja caer más bien que se sienta en un sofá que hay junto á la chimenea, y teniendo á su mano el cordón de la campanilla.)—¿Y usted cree poseer todas esas grandes cualidades? Hágame usted el favor de irse; no llamo á los criados por no dar un escándalo y porque, después de todo, no me parece usted otra cosa que un tonto.

JULIÁN (Aparte, con alegría.)—Me empie-

CLARA (Que se queda sorprendida al encontrarse con un desconocido.)—¡Caballero!... me habían dicho... yo no lo conozco á usted.

JULIÁN (Recobrando un poco de aplomo.)—

Yo sí la conozco á usted, señora... soy el vecino del segundo piso de la casa de enfrente... la he visto á usted...

CLARA (Sonriendo.)—¡Ah!, sí, lo recuerdo á usted: es el sugeto de la gorra bordada de oro, que está con la nariz pegada al vidrio de su ventana. No lo había reconocido... parecía usted más chato. (Poniéndose muy seria y con tono fijo.) Pero... ¿qué deseaba usted, caballero?

JULIÁN—Señora, yo la he visto...

CLARA—¿Ya lo sé! ¿y qué más?

JULIÁN—Yo la escribí una carta en la que decía: si usted corresponde á mi amor y desea que me presente en su casa, aparezca á las cinco en punto en el balcón frente al mío.—Usted lo hizo así; esto, señora, era una respuesta favorable.

CLARA (Con sequedad.)—Pues no he recibido nada.

JULIÁN (Sorprendido.)—Pero si la mandé por un criado á quien di un duro, diciéndole: para la señora del segundo.

CLARA—Y yo soy la señora del principal.

JULIÁN (Insistiendo.)—Del segundo.

CLARA (Con sorna.)—Hay entresuelo.

JULIÁN (Aturdido primeramente, se repone y haciendo un esfuerzo de valor, habla rápidamente como un chico que recita una lección aprendida de memoria.)—No importa; es un pequeño error: la carta no vino, pero aquí estoy yo. Oiga usted, señora: la vi á usted y me enamoré locamente de sus hechizos y me decidí á buscar todos los medios para aproximarme á la que de tal manera había cautivado mi corazón. Sin pérdida de tiempo y resultado á afrontar todos los peligros imaginables, tomé el sombrero, cogí mi bastón, me puse los guantes, bajé con celeridad la escalera y penetré en su casa, donde me encuentro para pedirle que corresponda á mi pasión inmensa.

CLARA (Que ha escuchado con estupefacción lo que acaba de decir Julián.)—¡Pero... ¿está usted loco?—¿no sabe usted que soy una mujer casada?

JULIÁN (Moviendo la cabeza con aire afirmativo y pasándose la mano por la barba.)—¿Y eso qué importa, señora? Su marido es un viejo tirano. (Aparte.) [Yo no sé si es tal viejo; mi tío me ha dicho que esto hay que decirlo siempre.]

CLARA (Que se ha dirigido al cordón de la campanilla.)—¡Caballero!, si usted no sale inmediatamente, llamo á los criados y le hago echar de mi casa con la pareja de la guardia civil.

JULIÁN (Asustado.)—No, señora, no, me voy... yo soy una persona decente, pero mi tío me dijo que las mujeres casadas están siempre dispuestas á engañar á sus maridos, con tal que el que las pretenda sea ducho, insinuante, persuasivo, apasionado...

CLARA (Riendo, se deja caer más bien que se sienta en un sofá que hay junto á la chimenea, y teniendo á su mano el cordón de la campanilla.)—¿Y usted cree poseer todas esas grandes cualidades? Hágame usted el favor de irse; no llamo á los criados por no dar un escándalo y porque, después de todo, no me parece usted otra cosa que un tonto.

JULIÁN (Aparte, con alegría.)—Me empie-

za á insultar. . . . esto va bien: aprovechemos la ocasión. (*En voz alta.*) ¡Señora! ¡usted es preciosa!

CLARA—¡Muchas gracias!, pero ¡salga usted!

JULIÁN—¡Salerosa, encantadora, retrechera; no hay quien resista al fuego de sus ojos!

CLARA (*Aparte.*)—¡Vamos! es divertido este loco. (*Mirándole de soslayo.*) y no es mal mozo. . . . (*Alto.*) Caballero, le suplico que tenga la bondad de retirarse. . . .

JULIÁN (*Que se va acercando lentamente al sofá donde está Clara sentada.*)—Si usted me permitiera quedarme un momento. . . . (*Señalando el sitio vacío en el sofá:* si usted me dejara sentarme á su lado!

CLARA (*Poniéndose de pie y con irritación.*)—¡Caballero, es usted un mal educado, un atrevido, un desvergonzado! ¡salga usted inmediatamente!

JULIÁN (*Aparte, en el colmo de la alegría.*)—¡Me insulta! ¡adelante! . . . es el momento del triunfo, como dice mi tío. . . . voy á abrazarla. . . . si no lo hago quedo deshonrado. . . . no seré nunca conquistador de casadas como el hermano de mi madre. . . . (*Extiende los brazos para abrazar á Clara.*) Señora, es usted encantadora.

CLARA—¡Caballero!

ESCENA QUINTA

Dichos y DOÑA CASILDA

CASILDA (*Que entra escoltada por Pedro y Juana, llevando el primero una pequeña baliña de mano, y la segunda varias cajas de sombreros.*)—¡Bravo! ¡Así me gusta! Esto prueba que reina la buena armonía y que la luna de miel continúa en toda su plenitud. . . . no se detengan ustedes por mí. . . . abrácela usted, sobrino. (*Juana y Pedro se retiran, dejando las baliñas y las cajas de sombreros en el suelo.*)

CLARA (*Confusa y balbuceando.*)—¡Usted, tía!, ¡qué sorpresa! (*Reponiéndose y abrazando á Casilda.*) ¡Está usted completamente restablecida? ¿hasta cuando se queda usted con nosotros? ¿ha hecho usted buen viaje?

CASILDA (*Riendo.*)—¡Pues no preguntas tú pocas cosas de una vez, querida mía!—Sí, estoy perfectamente buena, he tenido un viaje excelente y me quedo en Madrid hasta mañana.—Al llegar á la estación me he encontrado con un telegrama en que me notician que una hora después de mi salida de Sevilla, llegó á casa una persona á quien yo esperaba desde hace más de un mes (*Al oído de Clara, que se ha sentado á su lado:*) pero. . . . (*Mirando á Julián*) me habías escrito que tu marido era un hombre de cierta edad, y me encuentro con un sobrino joven y guapo. Pero, Quintanilla, siéntese usted; vamos á entablar relaciones personales. . . . ¿no es usted, acaso, pariente de don Pascual Quintanilla?

JULIÁN (*Que se ha repuesto completamente, recobrando su aire de conquistador.*)—Sí, señora, sí, lo conozco. Es. . . . (*Con asombro y dejando caer el bastón al ver entrar á Pascual.*) ¡Mi tío!

CLARA (*Aparte, dando un grito de angustia.*)—¡Mi marido!

CASILDA (*Aparte, con asombro.*)—¡Mi futuro!

ESCENA SEXTA

Dichos y PASCUAL

PASCUAL (*Que se ha quedado inmóvil en medio del salón y que contempla con temor á Casilda.*)—Es extraordinario lo que sucede. . . . Ustedes todos reunidos. . . . mi sobrino. . . . Clara. . . . doña Casilda. . . .

JULIÁN (*Estrechando la mano á Pascual.*)—¡Hola, tío! . . . ya le veo á usted. . . . ¿de dónde llega? . . . es extraño; ¿qué hace usted aquí?

CLARA (*Rápidamente, al oído de Julián.*)—¡Por Dios, que es mi marido!

CASILDA (*Á Julián, que se ha quedado con la boca abierta, paralizado por la sorpresa.*)—¿Conque usted es el sobrino del señor Pascual Quintanilla?—Me alegro mucho, porque así estaremos más en familia. . . .

JULIÁN (*Balbuceando.*)—¡Ah! usted es amiga de mi tío. . . . ¿Usted es casada, señora?

CASILDA (*Sonriendo con coquetería.*)—Todavía no, pero creo que no tardaré en estarlo; ¡no es cierto, señor Quintanilla? (*Mira dulcemente á Pascual.*) Han surgido á última hora dificultades imprevistas, pero creo que pasado mañana empezarán á correrse las amonestaciones.

PASCUAL (*Acercándose á Casilda.*)—Es indudable que el encuentro es de lo más feliz que puede darse, y que mi oportuna llegada. . . .

JULIÁN (*Aparte.*)—Lo más oportuno que puede darse.

PASCUAL—¿Y sus intenciones, doña Casilda, son de permanecer algún tiempo en Madrid?

CASILDA (*Sonriendo amorosamente.*)—Yo pensaba irme esta noche para Sevilla, pero ahora resuelvo quedarme hasta mañana; no tengo prisa. . . .

PASCUAL (*Con temor.*)—¿Y hace mucho tiempo que ha llegado usted?

CASILDA—Dos ó tres minutos; aun no he tenido tiempo de cambiar media docena de palabras con mi sobrino y su marido.

JULIÁN (*Aterrado.*)—¡Misericordia! estoy perdido. . . . mi tío me revienta de una paliza.

CLARA (*Con espanto.*)—¡Dios mío! ¿qué va á pasar aquí?

PASCUAL (*Respirando y recobrando su tranquilidad.*)—¡Ah! ¡mi sobrino y su sobrina!

CASILDA (*Con entusiasmo.*)—¡Esposos modelos! Cuando entré y los vi, mi sorpresa igualó á mi contento, porque. . . .

CLARA (*Con angustia, interrumpiendo á Casilda.*)—Pero, tía, permítame usted que le diga. . . .

PASCUAL (*Al oído de Clara, mientras Casilda habla con Julián.*)—No la contradigas. . . . va á sufrir un ataque. . . . ha quedado mala de la cabeza después de su última enfermedad. . . .

CLARA (*Con sorpresa.*)—¿Será posible? ¡pobre tía! Pero. . . . ¡si su enfermedad era reumatismo. . . .

PASCUAL (*Con aplomo.*)—Que atacó la cabeza. . . . Déjala que diga lo que quie-

ra. . . . no te extrañe nada. . . . hay que tener paciencia; su razón está mala. . . .

CLARA (*Asustada.*)—¿Y no habrá que temer?

PASCUAL—No, nada; es una monomanía pacífica. . . . evita el hablar con ella de matrimonio. . . . quiere casarse. . . . las viudas de su edad son terribles cuando les da por ahí. . . . si dice algún disparate, no le objetes nada. . . .

CASILDA (*Dirigiéndose á Clara.*)—No te puedes figurar lo mucho que me alegra que me hayas engañado en tus cartas. . . .

CLARA (*Interrumpiendo á Casilda.*)—¿Quiere usted, tía, pasar á una habitación para cambiar de traje?—Voy á llamar á Juana para que la ayude (*Tira el cordón de la campanilla;* pronto tomaremos el té. (*Entra Juana.*)

CASILDA (*Levantándose.*)—Sí, querida mía; dejáremos á estos caballeros que conversen de política, de negocios ó de damas. (*Sonríe á Pascual y entra acompañada de Juana á la habitación contigua á la de su sobrina. Ésta entra en la suya.*)

ESCENA SÉPTIMA

PASCUAL y JULIÁN

PASCUAL (*Mirando á Julián con aire pensativo.*)—¿Cómo diablos has dado con mi casa, y quién te había dicho que estaba casado?

JULIÁN (*Vacilando.*)—Yo. . . . Usted comprende. . . . deseaba venir á Madrid. . . . mi tía Dolores, la hermana de mi padre, me ha dejado al morir una fortunita de veinte mil duros; yo estaba cansado de la vida de provincias; quería vivir en Madrid. . . . Usted me decía siempre: la Corte. . . . no hay más que la Corte; en Burgos se muere uno de fastidio. . . . y sobre todo. . . . ¿se acuerda usted, tío? las casadas han sido siempre su pasión. . . .

PASCUAL (*Con severidad.*)—Son deslices imperdonables de la juventud. . . . calaveradas que son delitos. . . . La mujer casada debe inspirar profundo respeto, y nadie, sin cometer una villanía, ha de alzar los ojos hasta ella.

JULIÁN (*Maravillado y haciendo gestos de extrañeza.*)—¡Pero, tío! si apenas hace cuatro meses que usted me decía: las casadas están siempre dispuestas á engañar á sus maridos; cuando quieras conquistar una, dile: su viejo tirano de marido no la comprende. . . . á las mujeres les gusta mucho que las digan que el hombre á quien van á engañar no es capaz de comprenderlas.

PASCUAL (*Con aire solemne.*)—¡Son pecados de la juventud!

JULIÁN—¡Pero, tío! ¿de qué juventud habla usted, si hoy tiene sesenta y ocho años, y del tiempo que yo hablo hace pocos meses?

PASCUAL (*Con impaciencia.*)—Bueno, bueno; no se trata ya de eso; ahora tienes que hacerme un servicio.

JULIÁN—Usted dirá, tío.

PASCUAL (*Acercándose á Julián y hablándole quedo por temor de que le oigan de la habitación vecina.*)—Doña Casilda te ha tomado por el marido de mi mujer; es necesario que no la desengañes. . . .

JULIÁN (*Estupefacto.*)—¿Usted quiere que aparezca como marido de mi tía? (*Aparte.*) ¡Esto es el colmo!

PASCUAL (*Siempre en el mismo tono.*)—Sí, hasta mañana es indispensable que pases por esposo de Clara.—¿Has comprendido?

JULIÁN (*Que ha estado mirando á su tío con la boca abierta.*)—¡Pero, tío! ¿usted lo ha pensado bien? Usted comprende que hoy. . . . la noche. . . .

PASCUAL—¿Y eso qué tiene? (*Se levanta y se aproxima á la puerta de la habitación donde está Casilda, y escucha.*)

JULIÁN (*Aparte.*)—¡Qué hombre éste! No solamente me ha dado consejos para que haga el amor á las mujeres casadas, sino que me hace pasar por marido de la suya. . . . francamente, esto es lo que se llama una verdadera vocación. . . . esto es predicar y dar trigo.

PASCUAL (*Volviendo al lado de Julián.*)—¿Estamos de acuerdo?

JULIÁN (*Mirándolo con atención.*)—¿Cómo no hemos de estarlo!

PASCUAL (*Cogiéndole por un brazo.*)—Ahora ven y quédate en esta habitación (*Á la primera de la izquierda.*) Dentro de pocos momentos vamos á tomar el té. . . . irá á llamarte el criado.

JULIÁN—Sí, pero. . . . PASCUAL (*Empujándole hacia dentro de la habitación.*)—Basta de peros. . . . haz lo que te he dicho. (*Cierra la puerta y se vuelve al tiempo que entra Casilda en el salón.*)

ENRIQUE KUBLY.

[Continuará]

DOS POETAS ARGENTINOS

Por intermedio del distinguido poeta y escritor don Casimiro Prieto, Director del popular y acreditado *Almanaque Sud-Americano*, hemos obtenido la valiosa colaboración de los señores Leopoldo Lugones y Carlos Ortiz, dos de los más afamados literatos de la nueva generación argentina. Á ellos pertenecen las composiciones que á continuación se insertan.

La REVISTA NACIONAL, al propio tiempo que agradece al señor Prieto su atención, presenta también sus agradecimientos á los nuevos colaboradores, cuyas bellísimas producciones están, como se verá, á la altura de la justa reputación de que ellos gozan:

FLORES DE PESADILLA

ODA

Á LA DESNUDEZ

¡Qué hermosas las mujeres de mis noches!
En sus malditas carnes áceradas
pongo mi beso adolescente y torpe,
como el rocío de las noches negras
que restaña las liagas de las flores.
Pan canta los maitines de la Vida
en su rústico pifano de roble,
y Canidia compone en su redoma
los filtros del Pecado, con el polen
de rosas ultrajadas, con el zumo
de fogosas cantáridas. El cobre
de un cimbalo repica en las tinieblas,
reencarnan en sus mármoles los dioses,
y las pálidas nupcias de la Fiebre

florece como crímenes. La Noche, su negra desnudez de virgen café enseña engalanada de fulgores de estrellas que acribillan como heridas su enorme cuerpo tenebroso. Rompe el seno de una nube, como triste crisálida de plata, sobre el bosque, la media luna, como blanca uña apuñalando un seno; y en la torre donde brilla un científico astrolabio, con su mano hierática, está un monje moliendo junto al fuego la divina pirita azul, en su almiraz de bronce.

Surgida de los velos, aparece —ensueño astral—mi pálida consorte temblando en su emoción, como un sollozo, rosada por el ansia de los goceos, como serena brasa de incensario; y los besos estallan como golpes, moja mi beso adolescente y torpe, y gimiendo de amor bajo las torvas virilidades de mi barba, sobre las violetas que la ungen, exprimiendo su sangre azul sobre su carne joven, palidece de amor, como una grande azucena desnuda ante la noche.

Ah! muere con tus dientes luminosos, muere en el corazón las prohibidas manzanas del Edén; dame tus pechos, cálices del ritual de nuestra Misa de Amor; dame tus uñas—dagas de oro—para sustrir tu posesión maldita, el agua de tus lágrimas culpables, tu beso en cuyo fondo hay una espina. Mira la desnudez de las estrellas,

la noble desnudez de las bravías panteras del Nepal, la carne pura de los recién nacidos, tu divina desnudez, que da luz, como una lámpara de ópalo, y cuyas vírgenes primicias disputaré al gusano que te busca para morderte con su helada encaña el panal perfumado de tu lengua, tu boca, con frescuras de piscina. Que mis brazos rodeen tu cintura como dos llamas pálidas, unidas alrededor de una ánfora de plata en el incendio de una iglesia antigua. Que debajo mis párpados vigilen la sombra de tu sueño mis pupilas, como dos grandes leones de basalto en los portales de una sala egipcia. Quiero que cña una corona de oro tu corazón, y que en tu frente tímida caigan mis besos como lirios blancos, y que brille tu frente de sibilas, en la gloria cirial de los altares, como una hostia de sagrada harina, y que triunfes desnuda como una hostia en la Pascua ideal de mis delicias.

Entrégate! La Noche bajo su amplia cabellera flotante nos cobija. Yo pulsaré tu cuerpo, y en la Noche, tu cuerpo pecador será una lira.

LEOPOLDO LUGONES.

FLORALIA

Suelta en bucles dorados la cabellera
Constelada de rosas y de jazmines,
Cruza suave la blonda núbil Glicera,
Hollandando con su breve planta ligera
Los senderos floridos de los jardines.

Á la luz de la luna—triste noctámbula
Que en el azul profundo brillante rueda,—
En su falda crujiente de blanca seda,
Melancólica cruza, gentil sonámbula,
En las suaves penumbras de la arboleda.

Besan su frente blanca como alabastro
Las brisas, agitando sus leves alas;
Y en nímbo luminoso la envuelve el astro
Que atraviesa los cielos, dejando el rastro
De luz en las radiantes etéreas salas.

¿En qué sueña Glicera, gentil y pálida,
Mientras gimen las brisas entre los álamos?
Mariposa que deja de ser crisálida,
Sueña, tal vez, con besos de boca cálida,
Con nupciales caricias y tibios tálamos.

Y allá va con su traje de albos satines,
Más blanco que la albu de los jazmines,
Y esparciendo perfumes y resplandores,
Á soñar con idilios entre las flores
La pálida azucena de los jardines.

Y al fulgor de los astros á ver alcanza—
Visión esplendorosa de su esperanza,
Creación de sus delirios y de sus sueños,—
Que hacia ella sus labios argiente avanza
El joven melancólico de sus ensueños.

Vaga en sus rojos labios dulce sonrisa;
Se aproxima á Glicera; su talle oprime;
En los de ella sus labios argiente imprime,
Y en su soplo arrebatada la fresca brisa
La música de un puro beso sublime.

Y de amor se estremecen las astifolias;
Se entreabren las diamelas y las magnolias,
Y, arrancando candentes ritmos nupciales,
Pulsa el viento las ramas de los rosales,
Que vibran como suaves arpas eolias.

Al abrigo que prestan los camarines
Formados por rosales y por jazmines,
Camarines secretos de los amores,
Realiza sus idilios entre las flores
La pálida azucena de los jardines.

Y en las ramas floridas, verdes andamios
Donde posa sus rayos la luna llena
Que en el azul profundo brilla serena,
Cantan los ruiseñores epitalamios
En las bodas de un lirio y una azucena.

CARLOS ORTIZ.

Buenos Aires.

POLÉMICA SOBRE ACENTUACIÓN ORTOGRÁFICA

La verdadera belleza de un arte consiste en la simplicidad de sus procedimientos: si lo nuevo es más sencillo, más fácil y, por consiguiente, mejor que lo viejo, debe abrazarse sin escrupulo.

ADRIÁN BELLO.
El precepto académico de no considerar nunca como escritas ni la n ni la s para los efectos ortográficos, es de una sencillez tan grande, que no debe titubarse en admitirlo.

EDUARDO BESOT.

Montevideo, 25 de Agosto de 1896.

Señor don Fidelis P. del Solar
de Santiago de Chile.

Distinguido señor:

He leído su muy atenta carta con la atención de que ella es digna, y debo declarar á V., á fuer de veraz, que aun no ha logrado convenirme V. de la excelencia del sistema que defiende ni de lo *disparatado* del que practico. Al contrario, si he de decir la verdad, y sin que esto importe jactancia de mi parte, me parece llevar á V. de vencida.

Veo con pesar que insiste V. en varios puntos que debiera á mi entender pasar por alto. Habla V. de la preposición *á*, de las conjunciones *é, ó, ú*, de la *z* antes de consonante, de las consonantes innecesarias, de la *y* final, de los términos latinos y nombres propios extranjeros, con tanta insistencia, que no parece sino que yo hubiera afir-

mado lo contrario de lo que V. afirma, y que tales cuestiones tuvieran alguna importancia en el presente caso.

Discutimos, señor Solar, sobre sistemas acentuales: así yo ni he mentado la completa inutilidad de la regla 17.ª de Bello y otros puntos á este tenor. Debemos, pues, prescindir de detalles extraños á los sistemas, independientes de la reforma. Es en V. un error grave el creer que la acentuación de las vocales solas data de la reforma académica, como lo manifiesta en sus *Estudios filológicos*, siendo que ella es más vieja que el andar á pie.

Ya he manifestado á V. que en general estoy de acuerdo con sus ideas, y no quisiera repetírselo, porque la verdad es que nada más que hasta cierto punto acepto ciertas melifluidades y dulzuras que son inevitable consecuencia de sus doctrinas. En cuanto á la acentuación de los nombres extranjeros, me parece el asunto de tan poca monta, que siento en realidad lo preocupe á V. tan seriamente.

Lo que en verdad he extrañado es lo de mis encomiásticas frases á la Corporación académica y los ataques que á ésta le dirige V. Yo no tengo vínculo de ninguna clase que me ligue á ella, ni sé á ciencia cierta dónde he podido alabarla. Si hay en mis palabras algún elogio oculto, tengo conciencia de no haber cometido injusticia alguna, y así espero de su caballerosidad y gentileza lo reconozca. Pero, sea ello como fuere, viva V. en la confianza de que no pertenezco al número de los que la adulan por ambición de honores, que no merezco, y no puedo, por consiguiente, pretender. Eso estará bueno para

«los que anhelando van tras el señuelo del alto cargo y del honor ruidoso.»

El fundamento del sistema acentual con tanto apasionamiento defendido por V., sería excelente en el tiempo en que su sabio autor lo publicó, pero no hoy, cuando se tienen nociones mucho más claras del asunto.

¿Qué importa, con efecto, qué puede importar que una palabra conste de dos ó más vocales para acentuarse ó no? ¿Hay alguna relación entre el número de vocales de una voz y el lugar en que cae el acento? No la hay, no puede haberla. Se pregunta:—¿Cuándo se acentúa una dicción? y se responde:—Déjeme V. contar el número de vocales que tiene.

Cuenta el padre Isla que había en Sevilla un loco que andaba pregonando por las calles; cualquier persona que quiera saber cómo se cala un melón, acuda al tío Antón. Llegaban los muchachos, y le preguntaban:—«Tío Antón, ¿cómo se cala el melón?»—«¿Cómo?»—respondía el loco con voz ronca y en tono misterioso y magistral:—«Sabiedo el Credo y los Artículos de la Fe!» Aplique V. el cuento.

Con razón decía yo en mi anterior que el sistema prohibido por V. es más complejo que el nuestro. ¿Sabe V. cuántas reglas hay en él para acentuar los esdrújulos? Pues cuatro: la 6.ª, la 9.ª, la 13.ª y la 15.ª. Y para las voces terminadas en *ia, ían*, y demás en que hay desate de diptongos? La friolera de cinco: la 4.ª, la 8.ª, la 9.ª, la 11.ª y la 13.ª. ¿Qué diferencia con la notación ortográfica que profeso, que nos dice: *los esdrújulos se acentúan!*

Pero ya escucho su réplica:—En cuanto á los

esdrújulos, estamos completamente acordes. No hay motivo para decir *orte ni mozte*.—Alto ahí! contesto, señor Solar. No admite duda que ambos sistemas se parecen en cuanto llegan á la conclusión de que las palabras esdrújulas deben llevar marcado el signo acentual, pero difieren en los medios de que se valen para realizarlo: una regla el español y cuatro el chileno. Ambos conducen á un mismo fin, aunque empleen medios diferentes. Vamos! son como el cañón y las boleadoras, que, por muy diversos que sean, sirven para combatir á los enemigos á distancia.

Una cosa análoga pasa con las palabras graves, llamadas con mejor acuerdo llanas, terminadas en vocal débil y fuerte, en los casos de adiptongación. Según el sistema chileno, *filosofía, ganancia, continúa*, deben acentuarse, y no *dia, mio, púa*, que están, ortológicamente hablando, en el mismo mismísimo caso. Se dice que las primeras constan de más de dos vocales, y sólo de dos las segundas. Está bien. Pero *mania* y *moría* tienen un mismo número de vocales, y los chilenos no acentúan la segunda y sí la primera.—Es, se responde, porque una es sustantivo y la otra verbo, y los verbos no necesitan acento. Pero esto no se puede decir de *venia* y *venía, paría* y *paría, tenía* y *tenía*, casos en los cuales los chilenos acostumbran acentuar ó no los sustantivos, según el gusto del consumidor, y en que acentúan constantemente el verbo.—Si no se hiciera así, se confundirían, agregán. Ni al diablo, señor Solar, se le ocurren estas cosas.

Don Andrés Bello ordena acentuar *retahila, ahullo* (que hoy se escribe sin *h*), *mohino, valido, caliz*, contra toda razón. Olvida que en las combinaciones de dos vocales aptas para formar diptongo, la letra *h* sirve para indicar que no lo forman; oficio innecesario en un sistema que, no teniendo en cuenta una función de la *h* que está en la naturaleza del idioma, conserva el acento para separar las vocales.

No puede satisfacer al entendimiento, en manera alguna, un criterio que sólo sirve para casos determinados; que no posee ese carácter de generalidad que acompaña á las teorías verdaderas, y en que las excepciones pugnan constantemente con las reglas, como es sin duda el predominante en Chile en materia de acentuación. Cuando los hechos armonizan; cuando en medio de la variedad se percibe la unidad que lo domina todo; cuando sobre los detalles que abisman la mente se ve un orden general que todo lo abarca y explica: entonces, sólo entonces uno puede decir que está en posesión de la verdad.

Las reglas de Bello, que yo conocía, y V. copia en su carta, adolecen de un defecto grave, fundamental, que no acierto á explicarme cómo ha podido pasar inadvertido á su perspicaz talento. Tienen el inconveniente de estar subordinadas las nueve primeras á las ocho últimas. ¡Nueve á ocho! ¡Casi tantos generales como soldados! Yo tenía para mí que esto era exclusivo de los ejércitos sud-americanos y desconocido por completo en los dominios de la ciencia.

Paso á hacerme cargo de sus ataques á la reforma académica, en virtud de la cual la *s* y la *n* finales no se cuentan para nada cuando se trata de acentuar.

Ya en 1852 el Cardenal español don Judas Tadeo Romo indicó en unos *Opúsculos sobre la*

instrucción primaria la necesidad que había de no tomar en cuenta para nada en la acentuación ortográfica las consonantes *s* y *n*, cuando son finales de vocablo.

Esta idea, que venía á destruir en gran parte el caos á la sazón existente en la materia, no cayó en el vacío. Por el contrario, escritores de gran cuenta la recogieron, y aumentaron el número de puntos que había necesidad de reformar, como Benot en 1866, y Rivodó en 1872; y la Academia española, en la edición de 1880 de su *Gramática*, trajo la trascendental reforma de que aquellas letras no se consideraban escritas, seguida de otras en su mayor parte aceptables.

Pero V., señor Solar, no mira así las cosas, y exclama: «He aquí la gran filosofía de las reglas académicas. ¡¿saben Vds., señores, lo que dicen por ahí? ¿la gran razón que dan para que a estas pobres letras se las considere como no existentes para los efectos de la acentuación? Que las letras escomulgadas son frecuentemente finales de tiempos de verbos, como *amaran, amaras*.»

Pues bien, señor; no tiene V. razón para indignarse. No puede darse nada más sencillo que eso, nada que facilite tanto la escritura y recargue menos la memoria. La regla académica tiene que ser aceptada universalmente, porque, á vueltas de otras ventajas, ofrece la inestimable de aparecer libre de todo el enojoso cortejo de excepciones que acompaña á los complicados preceptos con tanto entusiasmo defendidos por V.

Un distinguido escritor americano, don Baldomero Rivodó, á quien sin palmar injusticia no podría tildarse de afecto á la Academia, dice tratando de este punto, «por lo que respecta á las voces terminadas en *s*, en su obra *Entretenimientos gramaticales*: «Esta innovación es conveniente, sin duda. Ella había sido propuesta y se venía siguiendo; hace ya algún tiempo por muchos escritores; pues tal práctica, aunque se opone á lo natural, tiene en su abono la ventaja de que simplifica en gran manera las reglas de acentuación.»

Otro autor afamado, el eminente ortólogo español don Eduardo Benot, sienta en su magistral *Prosodia Castellana* que «el precepto académico de no considerar nunca como escritas ni la *n* ni la *s* para los efectos ortográficos, es de una sencillez tan grande, que no debe titubearse en admitirlo.

«Para que se vea también la importancia de estas reglas, por las cuales no se considera á la *n* como consonante, ó mejor dicho, como escrita, ha de tenerse en cuenta que la lengua española tiene siete mil verbos, y que la *n* es signo de plural sin alterar la sílaba del acento en los tiempos á que corresponden los siguientes ejemplos: *aman, amaban, amaron, habían amado, hubieron amado, amex, hayan amado, amaran, amarian, amasen, habían amado, hubiesen amado, amaren, hubieren amado*.

«Resultan quince combinaciones para cada verbo en que la *n* no puede ser considerada como consonante formativa de vocablo, sino meramente como signo de plural, viniendo á haber, por tanto, más de cien mil palabras cuya prosodia no varía con la agregación de la *n* á la correspondiente terminación del singular.»

Sólo en broma creo que puede V. aseverar lo contrario en su carta; sólo en broma, digo, porque la verdad es que esto es tan claro como la luz meridiana.

Lo que evidentemente constituye un reconocimiento de la bondad de nuestro sistema, es la regla 12.ª de Bello, según la cual se escribe el acento en las segundas personas del singular, como *estás, harás*, etc., y la práctica chilena de escribir acentuadas las inflexiones ictíultimas de los verbos, terminadas en *n*. Lo primero es una excepción de suma elocuencia, como que da al traste con la tan cacareada uniformidad de los principios; lo segundo se hace, aunque no sé precisamente en virtud de qué regla. No extraño esto, porque parece ser ley uniforme, en ese intringulis de los preceptos acentuales de Bello, la que establece que los verbos no se rigen por los preceptos generales en materia de acentuación.

Sí, amigo mío: en el sistema que V. defiende, siempre los verbos van por un lado y las reglas generales por otro. Diríase que son los novios de Hornachuclos, de quienes se cuenta que él lloraba por no llevarla y ella por no ir con él.

Así *adoras*, que Bello no acentúa, según su carta y lo que manifiesta V. en los *Estudios filológicos* debiera acentuarse. En cambio, *serán*, p. ej., que siguiendo su sistema no debe llevar marcado el igno gráfico, se escribe en Chile constantemente acentuado. Es decir, que V. escribe inacentuado un grupo de palabras que, según V., deben acentuarse, y, al contrario, con acento otro, contra sus mismas reglas. Esto es hacer las de una persona que yo me sé, la cual instada en cierta reunión para que recitase algo, confundida trocó los frenos, y le hizo decir á Bécquer:

Los suspiros son agua, y van al aire:

Las lágrimas son aire, y van al mar.

No, señor Solar; no. Ni *adoras* ni *serán* deben acentuarse ortográficamente con arreglo á su sistema, ni las lágrimas son aire, ni los suspiros son agua; no, señor.

Vea V. sino adónde nos conduciría lo primero: á acentuar la caterva de vocablos llanos terminados en *s*, que son más que los innumerables mártires de Zaragoza. V. lo aconseja esto en sus *Estudios filológicos*, pero no lo practica. Si se llevara á cabo, el argumento suyo del gran número de acentos de nuestra notación ortográfica no dudar V. que perdería mucha de su fuerza.

No que yo conceda gran importancia á este argumento, de valor meramente relativo. Lo principal en un sistema de acentuación es su perfección y sencillez; cosa evidentemente accesoría, el número de acentos. No subordinemos nunca las cuestiones científicas á consideraciones secundarias ni dificultades pueriles. Como quiera que la índole del castellano no permita prescindir de los acentos, hagamos de ellos el necesario uso; que si en lo manuscrito es leve trabajo el marcarlos, más leve aún es en lo impreso. No vayamos á caer en la insensatez de aquel poeta que, confundiendo los acentos con las comas, por disculpar sus yerros alegaba que en la imprenta se habían olvidado de poner comas encima de las letras acentuadas!

Una buena notación ortográfica es cosa más importante de lo que generalmente se cree. Muchos accidentes de la fonación elocutiva dependen principalmente del empleo de esta rayita oblicua que llamamos acento, á cuya mala colocación en lo antiguo debemos atribuir fundadamente un cúmulo de cuestiones ortológicas, que de otra suerte no habrían tenido razón de ser. Observa V. á propósito de las voces terminadas

en *n* y *s*, que la Academia acentúa sus plurales: como *virgenes, originas*, etc., aunque no lo dice en sus reglas. ¡Qué grande error el suyo!

La Academia no da reglas para acentuarlos, porque no da reglas para plurales. La moderna ortografía, se lo repito, acentúa las palabras según principios de aplicación general, prescindiendo, caso de ser plurales ó voces compuestas, de si las simples de que se derivan, ó los singulares de que se forman, llevan marcado ó no el signo acentual, y de si son sustantivos, pronombres ó verbos. Y este es su mayor mérito á mi juicio, y lo que la hace más fácil y, por consiguiente, mejor.

Las voces *virgenes, originas, mártires*, se deben acentuar sencillamente porque son esdrújulas, y no por ninguna otra consideración.

En esto V. no puede dejar de reconocer que hay más lógica y sencillez en el sistema moderno, que sólo ve la palabra formada, tal cual es prosódicamente, para marcarle ó no el acento, y no entra á averiguar si es nombre, pronombre ó verbo. Sigue en punto de acentuación lo que en materia de lenguaje se quería Mayáns y Ciscar, en aquel pensamiento ó generalizado por Bello: «Cuando me pongo á escribir castellano no es mi intención conformarme con el latín, sino explicar el concepto de mi ánimo. Pero si esto no fuese más que una ilusión mía, no por ello dejaría de ser nuestra práctica acentual enteramente sencilla, natural y lógica.»

La semejanza que continuamente encuentra V. en su estimable carta entre las prácticas acentuales que defendemos, me ha convencido de dos cosas: en primer lugar, de que no es tan disparatado nuestro sistema, cuando V. quiere que se parezca al seguido por la mayoría de sus compatriotas; en segundo lugar, de la bondad del sistema que practico, porque nadie ciertamente anhela asemejar lo que prefiere á lo insensato, disparatado ó absurdo.

La aceptación incondicional de la reforma académica por la inmensa mayoría de los pueblos de habla castellana, es constituyente asimismo un dato elocuente de la bondad de los principios en que ella se basa, así como la anarquía reinante en Chile en este asunto, es la demostración más flagrante de la inferioridad de los preceptos que fundamentan su sistema.

No vale alegar para explicar estos hechos el incuestionable influjo ejercido por la Academia española. La Academia—V. lo sabe mejor que yo—ha sido impotente para inculcar sus ideas sobre muchos puntos en que creía equivocadamente tener razón.

Llego al final de esta deshilvanada carta. Pero antes de terminarla, debo á V. una explicación.

Lamento verdaderamente se haya imaginado V. que mi manera de pensar en materia de acentuación ortográfica hace de un propósito partidario que me es ajeno. Á tratar estas cuestiones no me impulsan sentimientos de simpatía á favor de determinada escuela. Mucho hay de bueno, á no dudar, en la doctrina liberal del lenguaje; mucho también en la conservadora, que tanto desdén le inspira á V. Así que, respetando sus aficiones de clasificador, yo rogaría á V. me incluyera, no en el número de los primeros, no tampoco en el de los segundos, sino en un grupo aparte, que persigue como exclusivo

anhelo el triunfo de la verdad, la cual suele hallarse en las doctrinas radicales; y á las veces en medio de las opiniones extremas de los hombres, pero muy á menudo también por encima de aquellas intransigencias y de esas mismas opiniones.

He huido constantemente los preconceptos y las preocupaciones añejas: no he podido, pues, hacerme reo de algo que he censurado siempre en los demás. Estoy plenamente convencido de que nada ha perjudicado más al progreso de las ciencias y al incansante perfeccionamiento del entendimiento humano, que este afán de hacer triunfar un principio sin su valoración exacta ante las leyes de la razón y sin su previo examen en la piedra de toque de la verdad y de la experiencia.

He tenido siempre respeto profundo por todo pensamiento sincero, por falso que á mi juicio sea. No me ofende, pues, más que la perfidia y la mala fe. Mi consideración en este sentido es tan grande, que transigiría hasta con los sectarios de Mahoma, de quienes se cuenta que en sus visitas dejan los zapatos á la puerta y permanecen con el sombrero encasquetado.

Puedo asegurar también á usted que es más aparente que real la contradicción notada por V. en mis ideas sobre asuntos de lenguaje. V. se convencerá de esta verdad si me honra leyendo mis pobres escritos y me juzga, no por un párrafo aislado, sino por el conjunto de mis ideas.

El espíritu filosófico de los griegos personificó en Minerva, diosa de la inteligencia y de la guerra, el valor y el saber unidos, é hizo de esta creación una creación hermosa que, ora animaba al hombre con sus luces, ora deslumbraba con el resplandor de sus relucientes armas. El espíritu moderno ha sustituido la creación helena con la discusión científica, que es á un tiempo: batalla y luz, fuerza y destello, valor é inteligencia.

Esperando-se me ofrezcan en lo sucesivo ocasiones para exponer mis ideas, en correspondencia amistosa y privada, á persona de tan vasta ilustración como V., me suscribo de V., como siempre, su incondicional servidor y amigo afectísimo.

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

Á ELLOS

La tirteica poesía que al pie de estas líneas figura, fué recitada por su joven é inteligente autor en el festival con que se conmemoró últimamente en esta ciudad el aniversario del natalicio del venerable ciudadano don Joaquín Suárez, y mereció la más envidiable acogida por parte del público asistente al acto.

Guzmán Papini, uno de los más sobresalientes entre los jóvenes poetas nacionales, ha merecido justicieramente la calurosa ovación que se le ha tributado: sus versos viriles, inspirados en el más puro patriotismo, tienen mucho de la majestad quintanesca de la poesía briosa y luchadora de Díaz Mirón.

Al inspirado autor de Cave no cadas,
CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

Juventud nacional! tú que apareces
Como el arca en que se halla el patriotismo,
Como un fuego que brilla sobre escombros,

• Como el blandón que alumbró un ataúd,
Recordando que hay muertos que triunfan
Como el cadáver del romano César,
Muestra al pueblo el cadáver de la patria
Y subleva la cívica virtud!

En busca de venganza, noble Orfeo,
Sepúltate entre fuegos de metralla,
Y serás, gigantesca en tu deseo,
Rugido y luz, como volcán que estalla!

Proclama tus ideales sacrosantos,
Y en el pueblo, ese bloque abandonado,
Muerda el cincel de fuego de tus cantos
Y esculpa en él tu porvenir soñado!

Las almas son como la blanca espuma
Que revienta al chocar en los peñones.
Cuando es mucho el dolor que las abruma
Fulguran en brillantes explosiones.

Marcha á las haldas con altivo orgullo
En busca de la tumba ó la victoria...
La muerte entreabre el inmortal capullo
De la rosa esplendente de la gloria.

No temas nunca á la calumnia ingrata
Que llegué á tu existencia fulgorosa...
Cobra bellezas de color de plata
La flor en que se mece la babosa!

Y puesto que conservas aún la huella
Del fuego de tus padres españoles,
Torna tu alma en flamígera centella,
Como diosa con túnica de soles!

Invasiones de léngamos te acosan.
Hay, pues, de esas negras podredumbres:
En los hongos las agullas no posan
El ala que las lleva hasta las cumbres!

La corrupción en su trabajo eterno
Ha viciado este mundo americano...
Vale más darle aspecto de un infierno,
Que dejarle su aspecto de pantano.

Los pueblos son como el cristal de roca
Que de pide una l'nvía de chispazos,
Cuando, al rodar entre granitos, choca,
Y deja luces al dejar pedazos!

¡Arriba el pabellón! aquel que imita,
Cuando el pueblo lo eleva enardecido,
La ondulada melena que se agita
Sobre el cuello de un león enfurecido!

¡Alzadlo, hermanos! que no toque el suelo.
Las glorias siempre buscan firmamentos!
Que lo ahoguen los hábitos del cielo,
Y no los miasmas de los patrios vientos!

¿Qué importan los bramidos que lance la canalla?
Los jóvenes boscajes al vendabal que estalla,
Resisten con más fuerzas que un bosque secular;
Y el cóndor de los fieros anhelos populares
No busca las montañas de nieves seculares:
Busca el ardiente seno del tembloroso cráter
Que está por reventar!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

LOS MODERNISTAS

BASILIO YAKCHAKOF

En aquel momento supremo, la fiesta estaba en su mayor esplendor. Un alegre vals arrastraba en los torbellinos de sus acordes á las numerosas parejas que llenaban los amplios salones. La felicidad más completa parecía batir sus alas impalpables sobre las sienes de los jóvenes desposados.

De pronto, alguien se aproximó al novio y díjole al oído que le esperaban unos caballeros en la puerta de calle, y Basilio

Yakchakof, sin que lo notaran sus convidados, en traje de etiqueta, abandonó los salones. Tres empleados de la policía secreta de Moscow le esperaban en el vestíbulo, y al verle aparecer, le rogaron con amabilidad que se dignara acompañarles para diligenciar un asunto urgente. Yakchakof no quiso asustar á la joven desposada y á sus parientes, pues sin duda se trataba de una equivocación, y, lleno de confianza, abandonó la casa que en aquellos instantes irradiaba con torrentes de luces y armonías.

Pero Yakchakof no volvió. Apenas descendió del carruaje, fué encerrado en una celda oscura y fría donde, angustiado y febriciente, pasó su noche de bodas. Al día siguiente, al iniciarse el sumario, supo recién la causa de su arresto: se le acusaba de complicidad en el atentado de asesinato verificado contra el Czar Alejandro II.

La torpe é injusta inculpación le indignaron. Cuando los nihilistas Guelnikof y Kibalchics asesinaron al Czar Alejandro II, hacía pocos meses que Yakchakof terminara sus estudios en la Universidad de Moscow, y desde entonces hasta hacía un año y medio próximamente, había vivido del producto de sus lecciones privadas á señoritas y damas de la aristocracia. No se dió jamás á la política ni conocía nihilista alguno ni se preocupó del crimen contra el Czar. ¿Cómo podía, pues, inculparsele?

El empleado de policía no escuchó sus protestas. Puso ante los ojos del desventurado profesor ruso una carta de Kibalchics en la cual le pedía al entonces estudiante «el objeto ofrecido». Yakchakof recordó entonces que el tal objeto era un sobretodo que prometiera á su amigo; pero en aquella fecha, ni él sabía que Kibalchics fuera nihilista, ni éste mismo, tal vez, soñara en fabricar las bombas que asesinaron al amo de las Rusias. La carta había sido olvidada en un sobretodo que Yakchakof regaló al encargado de la casa en que vivió de soltero. Pero, ¿cómo probar todo esto á los dos años de la ejecución de Kibalchics?

No se oyeron sus palabras; no se le aceptó defensa alguna. El desdichado fué conducido otra vez á su celda, de donde salió para ser trasladado á las minas de plomo de Nerchinsk, en la Siberia, habiéndosele conmutado magnánimamente la pena de muerte por la de trabajos forzados á perpetuidad.

Por más de dos años, Yakchakof sufrió las horribles torturas del presidio siberiano: el knut y el mineral de plomo fueron mirando rápidamente su organismo, y en ese breve espacio de tiempo envejeció al extremo que, no teniendo más de 30 años, parecía un nonagenario. Cuentan su amigo Baikaliéf y otros de sus compañeros de infortunio que lograron evadir, que todas las noches despertaban aterrados con los sollozos del infeliz Yakchakof, inocente, lloraba á su novia y á sus padres, de los cuales no había podido despedirse. Sus amarguras, sus dolores, sus sufrimientos, su inmenso desconuelo, contábalos por la noche en unos pedacitos de papel que recogía al acaso, húmedos con sus lágrimas, borseados en francés y en latín con pedacitos de plomo... Esos papeles que confió á un joven su com-

pañero de cadena, Baikaliéf, son esas cartas tristísimas, impregnadas de un dolor inmenso é indescriptible, que acabo de leer al través de las lágrimas de mis ojos y con una angustia mortal en el corazón. De esas cartas, publicadas bajo el común título de *Las minas de la Siberia*, y que son la más terrible acusación contra el poderoso trono de los Czares, voy á hablar ahora.

¡Qué grande, qué inmensa, qué inenarrable impresión la que subyuga el espíritu al concluir de leer esas cartas del profesor Yakchakof, condenado á trabajos forzados á perpetuidad por un amo despótico y omnipotente, y sepultado allá en el fondo de la Siberia cuando el sol de la juventud y del amor se alzaba recién sobre el horizonte de su vida! Y una duda amarga y terrible á la vez, una interrogación sombría y espontánea surgen en el cerebro, dominándonos y aturdiéndonos: ¿estará condenado el pueblo de Pedro el Grande á devorar sus propios hijos cual nuevo Saturno?—¿llegará, acaso, una hora en que los humildes de la tierra despierten al grito de guerra que lanza hoy *la inteligencia rusa*, como llaman por allá al nihilismo, y vayan á romper sus cadenas contra el trono de granito de los Romanof?

Esa duda y esta interrogación nacen espontáneamente en el espíritu así que un libro cualquiera escrito en el gigante imperio de los Czares llega á nuestras manos. Cuando vemos al mártir Tchernichewsky, el autor de la novela *¿Qué hacer?*...; á Herzen, el de *¿Quién tiene la culpa?*; á Dostoyeuskí, á Turguenef y á cien otros hombres de lo más selecto é inteligente de la Rusia contemporánea, arrancados de sus hogares para ser hundidos en las mortíferas minas de la Siberia, no podemos menos de dudar de ese poder absoluto é implacable que aherroja el pensamiento y decreta la muerte civil del ciudadano á fin de mantener la propia vida. Hasta el día de hoy los gritos de independencia han sido ahogados en ríos de sangre ó apagados entre las obscuridades fúnebres de la Rusia asiática, y los Herzen y Bakounine, Karakosof y Sofia Bardina, Cholovief y Vera Chachuliks no han logrado conmover el trono poderoso de las Rusias con esos feroces atentados contra el general Trepof, el príncipe Krapotkine, el jefe de policía de Pietrowsky, el coronel Knoop, el oficial Heyking y hasta contra el mismo Emperador. El revólver y el puñal, y hasta la bomba de dinamita que hoy estalla entre las patas de los caballos del carruaje de un general y otro día hace volar el comedor del Palacio de Invierno del Czar, son las armas de que se valen los nihilistas; pero á su poder escondido y terrorífico, el amo del imperio moscovita opone el suyo, no menos terrorífico y salvaje. La lucha está empeñada, lucha cruenta y sin cuartel,—mas á pesar de sus resonantes estallidos, el labriego y el mujik duermen pesadamente aún, como dice aquel Nedjanof de una de las más bellas novelas rusas. Y, precisamente, en este indiferentismo, en este culpable abandono de sus derechos, en este olvido de sus propios intereses que hacen el mujik y el labriego, es que debemos buscar

la causa de la muerte moral del pueblo ruso —y todo esto reunido nos explica por qué la revolución nihilista no ha triunfado aún.

Tiene razón que le sobra Emilia Pardo Bazán cuando en *La revolución y la novela en Rusia* afirma que «mientras no descienda de las clases cultivadas á la masa popular, la revolución habrá de contentarse con chispazos, intenciones y homicidios; mas si un día la propaganda socialista, que ya ha prendido en los talleres, se comunica á las aldeas y el labriego presta oído á los que le dicen:—álzate, haz la señal de la cruz y toma tu hacha—Rusia presenciara el más formidable de los levantamientos, y aquel océano de campesinos, rebaño paciente, pero fanático y tremendo en su exaltación, lo barrerá todo sin más que desatar sus ondas».

Pero, bueno es hacer notar aquí, porque muchos no lo saben, lo que significa ese «socialismo» que carcome el imperio de los Czares. (1) En Rusia son «nihilistas» los que pertenecen á la clase social denominada «la inteligencia»: ella comprende todos aquellos que, cualquiera que sea su profesión ú oficio, se preocupan y afanan por el progreso moral é intelectual de la nación; pero, si es cierto que en todos los países las personas inteligentes forman una clase social, debe tenerse en cuenta que ellas están subdivididas en sectas, escuelas y partidos, amén de buscar un mismo fin utilizando para ello medios diferentes, mientras que la «inteligencia rusa» marcha de acuerdo, unida, como que una é indivisible es su causa y toda vez que representa una idea general y revolucionaria á la que se sujetan, como subalternas, las demás ideas de secta ó de escuela. En Rusia, al revés de lo que sucede en otras naciones europeas, el pobre se olvida de su misérrima condición social y el pauperismo no alza cabeza, como en Londres por ejemplo; en cambio, las clases elevadas y las mejores ilustraciones, los hombres más célebres por alcurnia ó saber, son los que hacen la revolución.

Y he ahí por donde fácil nos será comprender por qué las víctimas del Czar son siempre los escritores más reputados y conocidos. La guerra al libro y á la prensa es decidida: recordemos, tan sólo, que Nicolás I, el Emperador de Hierro, cerró las puertas de Rusia á la vida intelectual extranjera que había abierto la admiradora de Voltaire, y que, si su sucesor permitió la entrada de la filosofía alemana, como Catalina, conocida en la historia con el nombre de la gran Semíramis del Norte, consintió la entrada de la literatura francesa, muy pronto la censura-policíaca volvió á establecerse en la frontera para mutilar á tajo destajo los libros y periódicos. De esta manera el pueblo ruso, que apenas logró entrever las doctrinas de Kant, Feuerbach, Schopenhauer y Buchner, se encontró reducido á sus propias luces é ignoró, lo que ya es el colmo, la misma Revolución Francesa y su

(1) —No está demás advertir que la palabra «nihilismo» ha sido rechazada por los mismos á quien se aplica: Tikomirof, el autor de *La Russie politique et sociale*, entre otros. La voz «nihilismo», aunque empleada desde hace mucho por algunos escritores franceses, puede decirse que fué inventada por Yvan Turguenef, que la empleó en su novela *Padres é hijos*.

proclamación de los derechos del hombre. Únicamente las clases elevadas han bebido en esas fuentes de la ciencia moderna, y únicamente ellas pueden haber concebido la idea revolucionaria.

En principio está, pues, justificada la lucha que la «inteligencia rusa» ha emprendido contra la antigua sociedad; y si analizamos más á fondo la cuestión, igualmente justificaremos los medios extremos de que se valen sus más decididos prosélitos. Lo que es un verdadero crimen en las otras naciones europeas—ese anarquismo torpe y salvaje, más repugnante que la misma antropofagia,—en Rusia se convierte en medio lógico y hasta lícito, por cuanto en los países occidentales el hombre, cualquiera que sea su clase, goza de todos los derechos que reivindicó la Revolución Francesa, y la cuestión social tan sólo se reduce á la «desigualdad de las fortunas», mientras que en el gran imperio de los Czares no existe la igualdad, y el pueblo, frente á los soberanos, resulta un rebaño miserable de bestias.

La represión que ejerce el Czar—represión ilegal en sus medios y terrible en sus fines,—excusa también los recursos extremos utilizados por el nihilismo. No en balde se encadena el pensamiento humano, y se persiguen las sagradas libertades de la imprenta; no en balde se subyuga al pueblo libre y se violan los más rudimentarios principios de los derechos individuales, encarcelando y sepultando vivos á los escritores más eminentes, á las inteligencias poderosas que constituyen el mayor timbre de gloria para una nación,—pues día llegará en que el fallo ineludible de la historia marque con estigma infamante la frente marmórea de los Romanof y tribute la inmarcescible palma del martirio á los buenos que combatieron por el triunfo de las libertades del pueblo ruso.

Pero, ¿dónde encontrará el historiador los documentos justificativos de la idea revolucionaria, si una barrera de granito separa el imperio de las Rusias de todas las otras naciones europeas, y si, por otra parte, todos los hombres ilustres que podían abogar en su defensa son arrastrados al fondo de las minas siberianas? Fácil es la respuesta: en las mismas novelas rusas; en las novelas de Gontcharof, de Turguenef, de Herzen y de Gogol, de Chedrine y de Dostoyeuskí; en esas obras que, por no tener visos de historia seria, han escapado á la miopía intelectual de los czares. Y entre éstas, la historia del malogrado Yakchakof, no será la que menos fulmine el trono imperial.

Desde la primera página, los cargos son terribles: «Nunca hubiera creído—escribe el profesor ruso—que las autoridades administrativas procediesen tan sumariamente con los súbditos sospechosos. ¡Apenas se me ha tomado declaración! Desde el 8 de enero, cuando se me detuvo por la carta de Kibalchics, comparecí tres veces ante empleados subalternos de policía que ni prestaban oído á mis declaraciones... Cuando comparecí por segunda vez, se me notificó mi condena á muerte, y cuando por tercera vez, la gracia del Czar que la con-

mutaba en trabajos forzados en la Siberia á perpetuidad.» Y al mismo tiempo que la sencilla exposición de los hechos da toda la razón al desventurado Yakchakof, ¡qué tristeza indefinible no respiran sus palabras, qué sombrío desconuelo resbala al través de sus recuerdos! «No sé si jamás llegaréis á leer estas líneas. Las Torres de Moscow, en mi pobre patria subyugada, son tan altas que desde ellas puede verse un gran pedazo de los magníficos prados del Czar; pero mi cárcel se halla mucho más lejos, y no quedaremos aquí. La cadena suena y la cárcel, la cárcel entera marcha hacia el Este. Allí estará de ahora en adelante nuestra patria: el cementerio de los deportados. Este cementerio no es visitado como los demás por los deudos de los muertos. ¿Quién os dará noticias de mí? ¡Los que se llevan allí no tienen más facilidad que los muertos de volver entre los vivos!... Sin embargo, algo me dice que vendrá el tiempo en que recibirás mis mensajes, en que los leerás, ya que no podrás oír mi voz... Entonces yo ya habré muerto, pero tus lágrimas caerán sobre estos renglones y sentirás el abrazo de despedida de mi alma pisoteada en el polvo, ese último abrazo del cual nos privaron los siervos miserables del poderoso Czar. ¡Adiós!»

Y así ruedan las páginas, tristes, desconsoladas, llenas de una melancolía inmensa, iluminadas tan sólo con el amarillento fulgor de las lágrimas. Es un dolor inmenso, continuado, feroz, que estruja despiadadamente nuestro corazón haciéndonle compartir la desventura del pobre Yakchakof. Ya no es esta lectura de *Las Minas de la Siberia* esa descripción en parte consoladora de otros libros semejantes. Aquí el principal carácter, el elemento dominante es la sinceridad. Yakchakof escribe lo que piensa, sin jesuitismo, sin otro afán que contar la verdad y de verter las lágrimas que inundan su corazón.

Leed *Mis Prisiones*, de Silvio Pellico, ó *La casa de los muertos*, de Dostoyeuskí, y no experimentaréis esa angustia terrible que os dan las cartas de Yakchakof. Y es que en la obra del prisionero de Spielberg, como en la obra del alucinado ruso, no encontramos al hombre, á la partícula de polvo, al sér animal luchando contra las tremendas miserias de la vida, despedazado por las garras formidables del más fuerte, entre un montón de cieno, sangrante el corazón, poblando la mudez indiferente del cielo con el clamor desesperado de sus sollozos; sino que vemos al alma cristiana parapetada detrás del Evangelio, desafiar las cóleras mundanales y elevarse en espíritu hasta los cielos para gozar de la dicha imperecedera de los mártires y bienaventurados. En *Mis Prisiones*, la nota cristiana vierte luz celeste por todos lados, idealizando la frente del pobre amigo de Pietro Maroncelli, endulzando su dolor, haciendo el día aún en el fondo de los plomos,—así como en *La casa de los muertos* encontramos al pálido eslavo con la frente siempre alta, el alma resignada y el Evangelio en la mano, avanzando como profeta hebraico entre las miserias y dolores humanos que desdeña, soñando con los padecimientos

del Redentor; pero en *Las minas de la Siberia* no existe esa suprema esperanza, no encontramos un rayo de luz, no entreveamos una sola ráfaga de reposo: todo es negro, tético, sepulcral, terrorífico. Mientras Pellico cruza su calvario con la sonrisa en los labios y el bálsamo de la fe en el corazón, y Dostoyevski abandona su sepulcro de vivos con mansedumbre evangélica, sin odios, sin protestas, sin cólera alguna, Yakchakof, el desgraciado sér humano escarnecido y destrozado por el brutal engranaje de la vida, se levanta ante nosotros tal cual es, humano, montón de cieno animado por un soplo divino ó lo que sea, pero real, grandioso,—alma gemela de nuestra alma; corazón como nuestro corazón; con rebeliones y rencores y protestas que hablan directamente á nuestros sentimientos y sensaciones.—Yo de mí se decir que, con ser tan grandes y tan justamente celebrados—y en la parte artística superiores á cualquier otra obra de su género,—*Mis Prisiones* y *La casa de los muertos*, no me han hecho sentir tan hondamente y tan alto como el libro del pobre Yakchakof. En éste he encontrado verdad, pasiones, odios, cariños, sentimientos, sinceridad; en aquéllos no he visto más que fe.—a fe que me pide perdones y promete recompensas;—en Yakchakof he encontrado un hombre que es mi hermano, débil como yo y esclavo de su dolor como los demás hombres, que alza su brazo al cielo cual nuevo Job para renegar del día en que se estremeció en el vientre de la madre, mientras que en Pellico y Dostoyevski he encontrado solamente á los visionarios sublimes, envueltos en la hopalanda del genio antiguo, marchando al suplicio con el perdón en los labios y la alegría en el corazón,—almas extranjeras para mi alma; espíritus inmateriales, locos, sin dolor, sin sentimiento. El prisionero de Spielberg tiene en su melancolía una dulzura de dios que aleja de nosotros toda idea de sufrimiento; el revolucionario ruso que sale de su cárcel bendiciendo el castigo que ha robustecido su alma, tiene en sí algo de budhista que no habla á nuestro corazón; mas, el desventurado sugeto á su carretilla en las tenebrosidades de las minas de Nerchinsk nos hace llorar con sus mismas lágrimas, nos comunica sus fiebres y rencores, nos hiere directamente las más recónditas fibras de nuestro sensorio con sus recuerdos perdidos, con sus esperanzas frustradas. Hondas de hielo y latigazos despiadados nos hacen gemir y retorcernos á medida que avanzamos en la lectura de sus cartas, y por momentos sentimos en el pecho y la garganta esa angustia indefinible que prelude las tempestades del dolor y anuncia el desborde de nuestro llanto. Esto es humano; esto es grande;—esta sinceridad noble y esta sencillez sin exclamaciones ni frases de efecto, es lo que constituye la superioridad de *Las Minas de la Siberia*.

Y, por otra parte, yo no alcanzo á comprender esa moral denigrante que manda ofrecer á los golpes una mejilla cuando la otra ha sido herida por un infame. Antes, por el contrario, hay verdadera sublimidad, un acto soberbio de rebelión que enaltece

al oprimido cuando éste, en medio de sus cadenas, cual nuevo Prometeo, alza altivo su frente para maldecir al omnipotente dios que le hiere cobardemente. «Poderoso Alejandro!—exclama Yakchakof.—Oh tú, tercero en la serie de los así llamados vampiros coronados! Aquí estoy en tu poder. Basta una señal tuya para que caiga mi cabeza, ó que tus infames sicarios me sometan al tormento; pero tengo valor para escribirlo—y lo escrito es duradero—que sin acusarme en lo más mínimo de un delito, te mataría de una puñalada cuando recuerdo este momento. Siento que ya estoy en el camino del nihilismo, pero sin culpa por mi parte. Era yo un súbdito paciente, pacífico y conservador de tu corona, de tu persona, en una palabra, de la Rusia, porque en resumidas cuentas, tú eres la Rusia. No podía explicarme qué era lo que podía armar al pueblo ruso contra tu persona. Pero ahora ya lo sé. Es el martirio de los inocentes, el pisoteo de los derechos del hombre y el trato bestial que de una manera indigna y brutal haces sufrir á todos los que se hallan sometidos á tu poder. ¿O crees tú tener derecho de hacer todo esto invocando el nombre de Dios en que fundas tu poder?»

Hemos justificado la revolución rusa: ahí, en el párrafo transcrito, tenemos una nueva causa que la explica;—pero, ¿la justificáramos con la doctrina cristiana que ordena la mansedumbre del sojuzgado? El pueblo ruso ha llamado en su auxilio al Dios de las alturas, y el knut continuó mordiendo sus espaldas; llamó luego en su auxilio á las puertas de la sabiduría, y el knut continuó silbando sobre su frente; llamó después á la triunfante civilización del occidente de Europa, y el knut volvió á morder con nueva ira sus laceradas espaldas. La desesperación pronunció entonces una sombría palabra: *nihil*. . . . Sí; la nada, la muerte, el aniquilamiento total. . . . ¿Qué otro poder puede competir con el omnímodo poder de los Romanof? ¿Quién más que la muerte con su guadaña de acero puede tronchar la mano que dirige el knut? Así nació el nihilismo, la religión de los desesperados sin consuelo, el arma de los oprimidos sin derechos, la idea redentora que condena sin alzada el supremo código de los Romanof. Y al nihilismo se plegarán aún los ciudadanos conservadores, como Yakchakof, mientras el amo de las Rusias continúe tratando á sus súbditos como seres irracionales y abofeteando sobre sus mejillas la inviolable dignidad humana.

De Vogüé recuerda la sombría pintura que Dostoyevski nos da acerca de los terribles instantes que preceden al castigo del knut. En efecto; es espantosa esa descripción que nos hace el autor de *Crimen y castigo*; pero, ¡qué diremos de las páginas que Yakchakof consagra á los castigados! La ruda y descarnada descripción del suplicio, precisamente porque narra con sinceridad lo que ha visto, sin emplear comentarios, nos hace estremecer de horror. Ved, en comprobación de ello, la terrible historia que se nos narra en el capítulo III. Á bordo del barco que conducía los prisioneros,

iba también una pobre madre con dos hijos. En Nichai-Nowgorod se había repartido á los condenados algunos kopeks (monedas de cobre) que gastaron en comprar alimentos. Pero la pobre madre tenía que alimentar á sus pequesitos, y así fué que pronto quedó sin provisiones. Los chicos lloraron de hambre, y algunos presos, conmovidos, les dieron parte de su pan. Al día siguiente, el hambre volvió á torturarlos. La más hambrienta era la madre, pues había dado su ración á sus hijos, pero ella, resignada, sufría su dolor, tratando de acallar á los niños. Entences Yakchakof trató de mover á compasión á alguno de los guardianes.

—¿Has derrochado tu dinero, eh?—dijo uno de éstos brutalmente.

La pobre madre hizo que sí con la cabeza. Las dos criaturas lloraban siempre.

Dos guardianes la tomaron de un brazo y la sacaron del calabozo. Estuvo algún tiempo fuera, y cuando volvió «su vestido estaba arrancado de sus hombros y sobre su cutis desnudo se veían las señales sangrientas de fuertes latigazos. Con los ojos llenos de lágrimas y que salían de sus cavidades á causa del dolor que sufría, buscó ansiosamente á sus hijos. En las manos traía pedazos de pan negro.

«Cuando la puerta se abrió, la infeliz no entró, sino que cayó hacia adentro del recinto. Sobre sus rodillas se arrastró hasta sus dos hijos y les dió de comer á los dos á un tiempo; y mientras de su espalda brotaba lentamente la sangre, y los puntos que había tocado el látigo se hinchaban más y más, de su cara contraída parecía irradiar un brillo caluroso.»

«A este precio la pobre madre hubo de comprar el pan para sus hijos hambrientos! Los hombres que presenciaron aquella escena, dice Yakchakof, sintieron que la ira y la vergüenza les encendía el rostro, y hasta un bandolero que iba también en el barco, hombre desalmado y de constitución hercúlea, empezó á pasearse de un lado hacia otro, arrastrando sus cadenas como una fiera enjaulada y rugiendo de cólera ante semejante infamia.

Y como esta que acabo de citar, ¡cuántas otras anécdotas igualmente tristes, á par terribles y vengadoras! De las frías páginas del libro, de todas esas cartas escritas entre las tenebrosidades de las minas siberianas parece levantarse un grito frenético de rebelión, un alarido salvaje de protesta. Es el alma de un hombre honrado convertido al nihilismo por la injusticia y el martirio; el sollozo desgarrador del oprimido que, rasgando las tinieblas pesadas de su sepulcro, se levanta para ir á acusar el trono de los Romanof; el grito de guerra contra el opresor, franco, soberbio, sin temores y sin vergüenza. En este sentido, Yakchakof inicia un movimiento atrevido y modernista, en la amplia acepción de la palabra. Los escritores que han minado el poderío de los Czars describiendo el presidio siberiano y sus horrores, han cedido al temor del amo ó al supremo perdón que ordena el Evangelio y no han terminado su obra con un grito de venganza y de desafío. Turgueneff hace la crítica de la sociedad rusa; Dostoyevski sa-

le de su prisión perdonando la mano que le hiere; Herzen no se atreve á resolver el problema sombrío que se ha planteado; Tolstoy se refugia en el templo consolador del misticismo; los escritores más atrevidos escapan al extranjero para lanzar su protesta;—pero Yakchakof encadenado, Yakchakof en poder de su verdugo, desde el fondo de su mina, levanta el grito de guerra, atreviéndose á acusar al poderoso señor, formulando sus cargos, rugiendo de ira y de odio sin temor de que su voz sea oída por los espías del Czar. Mientras aquellos dejan que el lector deduzca consecuencias de lo que se les narra, éste plantea francamente sus terribles conclusiones.

Y no se diga que el rebelde altivo y admirable que hay en Yakchakof es un mero predicador. El dramático fin del desventurado profesor ruso que nos narra el traductor alemán de sus cartas, dirá bien claramente cuánta fué la soberbia é inflexibilidad de su alma en la práctica.

«A mediados de setiembre, el pelotón de presos, después de un paseo prolongado por la nieve recién caída, pasó por delante de la cárcel. Un personaje venido sin duda de San Petersburgo ó otra gran ciudad de Rusia, insistió en ver á los presos; y como no quería bajar á la mina ó no se le permitiese el inspector, se colocó delante de la entrada de ella y los esperó. Los hizo pasar y les dirigió preguntas á uno que otro en tono brutal, pero con marcada compasión; finalmente, se acercó Yakchakof.

—¿Cómo te llamas?—le dijo.

En vez de Yakchakof, el jefe de la patrulla se apresuró á decir:

—Señor, es un idiota. Hace meses que no oye, ni comprende; ni siente nada; y es mudo como un pez.

Parecía que en efecto fuese así. Yakchakof ni siquiera movió la cabeza.

—¿Quién es,—preguntó el extranjero,—y por qué está aquí?

El jefe de la patrulla le preguntó al inspector si podía contestar; éste le dijo que hablase sin rodeos, y el soldado dijo:

—Era catedrático de una Universidad de Rusia, pero no recuerdo su nombre. Toda su juventud la pasó entre nihilistas y finalmente cayó en la sociedad de aquellos que conspiraron contra la vida del finado Czar. Él había provisto el material de las bombas que mataron á S. M. Fué condenado á trabajos forzados á perpetuidad. También él fué condenado á muerte como los demás; pero el Czar bondadoso se apiadó de él.

En este momento hubo una escena espantosa. Durante la narración, las manos de Yakchakof habían apretado entre sí los mangos de la carretilla. Cuando el soldado hubo concluido, la levantó al aire y la dejó caer con tal fuerza sobre la cabeza de éste que lo dejó muerto en el acto.

—¿Mentiste, miserable!—gritó en un tono que los presidiarios que más cercanos se hallaban se quedaron como petrificados. Su cara plomiza se encendió, sus ojos parecían querer salir de sus órbitas y quiso volver á levantar la carretilla, pero sus fuerzas lo abandonaron. Rodó por tierra, y de su boca y nariz brotaba la sangre.»

Algunos días después los sollozos del in-

feliz que estremecían las obscuridades de la mina, cesaron. Dos años, tan sólo, de trabajos forzados habían concluido con aquel organismo vigoroso; pero el testimonio de sus sufrimientos y la injusticia brutal de que fué objeto, vivirán mientras vivan sus cartas admirables:—eternamente.

VICTOR PÉREZ PETIT.

«El Iniciador» de 1838

— ANDRÉS LAMAS — MIGUEL CANÉ

Recordemos cómo nació la prensa literaria entre nosotros.—Llevemos nuestro espíritu á los tiempos en que resplandecía sobre la frente de Montevideo, azotada por ráfagas heroicas, la representación de la inteligencia y la dirección de las ideas en los pueblos del Río de la Plata.

Unificados por la indivisibilidad de una sola y gran patria literaria ha de considerarse á esos pueblos nuestro estudio,—porque no admite la historia intelectual de aquella época clasificaciones fundadas en las diferencias de nacionalidad que acababan de fragmentar el suelo del viejo Virreinato.

Es de la acción aunada de las dos generaciones que se alzaban simultáneamente en una y otra margen del Río—teniendo por inspiración los mismos ideales, obedeciendo en la propaganda y en la lucha á idénticos propósitos—de donde el movimiento intelectual que tuvo sus manifestaciones primeras en las páginas de *El Iniciador*, nace pujante y prestigioso, y labra el amplio cauce común en que aquellas debían precipitar sus energías, sus anhelos y sus entusiasmos.

En los últimos tiempos del período de regeneración que inaugurán en la historia argentina los ensayos orgánicos de 1821, una juventud brillante y ansiosa animaba los claustros de la Universidad que acababa de levantar la iniciativa genial de Rivadavia, sustituyendo en ella el molde de la vieja enseñanza colonial, que tiene su expresión en las históricas aulas de San Carlos y que no había sido modificado esencialmente después de la Revolución, por las que las habían sucedido, con un orden de estudios que recibía su inspiración de los propósitos de reforma social en que aquel régimen civilizador se hallaba empeñado.

Por la eficacia de la educación instituída sobre los fundamentos de esta reforma social y animada de un espíritu nuevo, aquella época luminosa aseguraba sus triunfos del presente con la conquista del porvenir, y ponía su sello á la mente de una generación á quien tocaba custodiar los penates de la cultura vilipendiada, llevándolos consigo en largo y proceloso destierro, frente al régimen bárbaro que debía levantarse sobre las ruinas de aquella obra gloriosa de organización.

Los que salvaban entonces los lindes de la infancia,—los hombres nuevos á quien Juan Cruz Varela, el poeta consagrado de

las iniciativas de la grande época institucional, había cantado lleno de generoso entusiasmo, no debían ver jamás,—ó debían verlo sólo cuando treinta años de luchas é infortunios los separaba de aquel amanecer luminoso de su vida—un predominio tal de la inteligencia, vivificando el organismo social como energía impulsora y soberana, resplandeciendo como supremo prestigio de la personalidad y acatada como fuerza efectiva de gobierno.—La prensa y la tribuna, que se regeneraban por la adquisición de un carácter esencialmente digno y doctrinario; las tendencias nacientes de asociación intelectual que levantaban centros de propaganda y de cultura, estimulando al pensamiento en todas sus actividades generosas; la cátedra, que difundía en los espíritus la savia nueva del saber; el canto mismo de los poetas que se incorporaba como una nueva fuerza de acción, afirmada en el sentimiento de las multitudes, á la empresa de regeneración que lo inspiraba, concurrían, como otros tantos toques de cíncel, á transfigurar la fisonomía heredada de la sociedad de la colonia, y creaban una atmósfera nueva dentro de la que el espíritu de aquella juventud pensó asistir á la definitiva realización de la obra de sus padres, consumándose para su porvenir y para su gloria.

Pero cuando hubo llegado para ella la hora de la acción, la escena había cambiado.

Una emigración de estadistas y escritores mantenía consigo, en el destierro, el nervio de la época de organización y de cultura.—El viento de la Pampa soplabá vencedor sobre la frente de la ciudad que había sido glorioso pedestal de Rivadavia. Toda manifestación de intelectualidad y libertad se había extinguido ó estaba próxima á extinguirse. Al gobierno de las ideas había sucedido el gobierno de la fuerza brutal. Revivían, bajo sus auspicios, todos los gérmenes reaccionarios ocultos en el seno de la sociedad que la política iniciada en 1821 había empezado á desvestir de los hábitos de la tradición colonial.—Aquella juventud se hallaba, pues, sola y desorientada en tal ambiente.—La realidad que se ofrecía ante sus ojos era como una barrera impenetrable que la separaba de los horizontes que una educación avanzada había descubierto á su espíritu.

Ella reproducía, en medio del estéril sosiego del régimen dictatorial, en medio del silencio y la sombra, las mal comprimidas inquietudes, la nostalgia de acción, los anhelos hondos y ardientes, de aquella otra juventud que se levantaba, privada también de escenario y de tribuna, en las postrimerías de la colonia, y que excitada por los ecos remotos y legendarios de la Revolución, por las fecundas agitaciones de la propaganda de libertad de comercio, por los aplausos del mundo que convergían al Foro de Buenos Aires para saludar el esfuerzo glorioso de la Reconquista, llevaba en el alma un hervor que denotaba un sentimiento ignorado por el espíritu de las generaciones anteriores y que debía manifestarse, irresistible y fecundo, en su cercana obra de redención.

No era menos briosa y activa la genial-

dad de la generación á quien tocaba añadir la obra de la Libertad á la obra de la Independencia. No pudo por mucho tiempo el régimen despótico contenerla en la expansión de su espíritu. En 1837 ella se congregaba al llamado del innovador que había traído á su seno, del otro lado de los mares, el fuego de una gran revolución ideal—la que imprime su sello luminoso á la primera mitad de esta centuria;—y levantaba, como los fundamentos del pórtico por donde debía verificarse el pasaje á una época nueva, una idea de emancipación literaria, un programa de regeneración social y una fórmula de organización política.

Pero ya, con anterioridad al año de la memorable protesta, nuevas voces habíanse alzado á pesar del influjo desalentador del ambiente ingrato y obscuro, anunciando la proximidad de aquel estallido generoso del alma de la juventud.

Marcos Avellaneda y Juan María Gutiérrez habían hecho su iniciación en la prensa vehementemente y tumultuosa del tiempo de Balcarce.—Juan Bautista Alberdi era ya autor de la «Descripción de Tucumán», de la «Refutación á El Voto de América», del comentario á Lerminier.—La poesía de los *Consuelos* hallaba tímidos imitadores, y el viejo verso de Hidalgo había renacido en Ascasubi, que tomaba á Béranger el dardo alado de la canción.—El futuro publicista de *El Nacional* ensayaba, en el panfleto y la invectiva, su prosa ardiente y plebeya.

El impulso que concentrando y encauzando dentro de una tendencia definida los esfuerzos aislados, fijó de modo solemne y prestigioso la fórmula de las ideas que imprimieron carácter á una época, se manifestó casi simultáneamente, en su aspecto literario por la aparición de *La Cautiva*, y en su aspecto social por el pensamiento orgánico que el propio autor de *La Cautiva* formuló en el Dogma de Mayo.

Aquel poema daba el modelo de la emancipación de los espíritus en la expresión, en la forma.—El «Salón Literario» que Marcos Sastre fundó, también en 1837, fué el centro de donde se propagó la iniciativa, y contribuyó principalmente á uniformar en la juventud que animaba sus veladas, las aspiraciones y las tendencias.

El pensamiento de regeneración política, que levantó, en medio de las pasiones desencadenadas de los bandos, una bandera de concordia y un programa de organización que debía ser definitivamente sancionado por la posteridad, hizo carne en la institución de la «Asociación de Mayo», de la que podría decirse que contuvo en sí la célula de la nacionalidad futura.

Colaboraba eficazmente también en este doble movimiento un periódico de vida efímera que Alberdi dirigió y cuyas inspiraciones fundamentalmente serias y fecundas estaban en curiosa oposición con el trivial significado de su título: *La Moda*. Ha de buscarse en él el inmediato precedente de *El Iniciador*.

Todas estas manifestaciones de actividad y de entusiasmo debían forzosamente atraer sobre la inquieta juventud que las producía los celos de aquellos que representaban un régimen que necesitaba para

su consolidación de la inmovilidad de todas las tradiciones de atraso.

Penetró la «Mazhorca» en el secreto de las reuniones donde se controvertía la nueva idea política y social.—Ellas, por otra parte, tendían á un carácter activo que se determinaba á medida que los rigores del régimen de fuerza demostraban la imposibilidad de toda propaganda de reforma.—A la dispersión de los conjurados que sentían agitarse en su espíritu el numen de una época nueva, siguió bien pronto su ostracismo voluntario ó forzado.—Una segunda emigración fué á unirse con la que mantenía en tierra extraña hacia dos lustros, la gloria viva y la intelectualidad de generaciones anteriores.

Montevideo fué el centro preferido de esa emigración, como lo había sido de la que la precedió en los caminos del destierro. Ella aportaba al movimiento intelectual que iba á tener por escenario el recinto de la ciudad heroica, las ideas de 1830 en filosofía y arte—y la fórmula constitutiva lanzada por el autor de los *Consuelos*, como norma é inspiración de su propaganda política.

El elemento pensador de la primera emigración personificábase en Juan Cruz y Florencio Varela.

Tenía el primero la representación de la aristocracia intelectual de la época de Rivadavia. Representaba el segundo la persistencia del mismo ideal político y literario dentro de una generación que debía caracterizarse por ideales nuevos y distintas aspiraciones.

Juan Cruz había tenido oportunidad de proseguir en el destierro su fecunda acción de publicista, acompañando los esfuerzos primeros de nuestra constitución nacional, con la propaganda de *El Patriota*, bajo el ministerio organizador de don Santiago Vázquez.—Su inspiración de poeta, que había nacido al calor de una época gloriosa y estaba hecha á ser la consagración de sus triunfos, quedó por algún tiempo como en mudo estupor, ante el fracaso de la grande obra que había celebrado. En la severidad espartana de su poesía no halló una nota que se acordase con las amarguras de la proscripción. Pero cuando la juventud de la época nueva llegó á Montevideo, el poeta que había saludado en ella, en días mejores, el porvenir y la esperanza, y á quien muy breve tiempo separaba entonces de la tumba, pudo todavía contribuir al movimiento literario que ella inició, con sus últimos versos, que tienen ya la entonación de la elegía, y que serán acaso los más amados de la posteridad, por que son los que manifiestan, en una forma más ingenua y humana, un sentimiento más profundo.

En cuanto al magisterio intelectual de Florencio, que fué sin duda eficaz y poderoso sobre la generación que entonces se iniciaba, no se manifestó tanto en forma pública y escrita, hasta la aparición del diario que vive vinculado á su gloria, como por el adoctrinamiento íntimo y verbal.—En su primera juventud había soñado con los lauros del poeta. Su poesía había resonado al par de la del celebrador de Ituzaingo,—en iguales formas solemnes y austeras del lirismo, modificada un tanto la difusión oratoria de

Juan Cruz por un tono más sobrio y horaciano. Cantó al par de él á los triunfos de la guerra con el Imperio, á los afanes de la obra de organización, y saludó la resurrección de Grecia, en nombre de la América emancipada, después de Navarino. En el destierro dedicó cantos de noble y austera inspiración á la concordia, á la paz, á la prosperidad del nuevo Estado que debía ser la escena de su gloria y el suelo amigo de su tumba. Abandonó más tarde el verso, y concentró su espíritu en el estudio de la historia de América, á la que pensaba consagrar todos los afanes de su madurez.—Su influjo literario fué de moderación y resistencia á la corriente innovadora en cuanto ella relajaba las severidades de la disciplina que estaba en la educación y en la organización misma de su mente. Su naturaleza intelectual era firmeza, sosiego, exactitud. Desconoció, como publicista, otras inspiraciones que las de la razón que impera augusta y majestuosa, con la paz de las cimas; y aún en una propaganda que vibró en atmósfera inflamada por todas las exaltaciones de la indignación y todos los odios de la lucha, como la que le llevó al martirio y á la inmortalidad, no se caracterizó su palabra por el arrebato y el ardor que acusan la pasión impetuosa, sino por la ecuanimidad, por la serenidad, por la justicia, por todas aquellas condiciones que son el sello de la tranquila fortaleza del ánimo unida á las vistas límpidas y seguras de la inteligencia.

Esbozábbase en ocasión de la llegada de estos primeros proscritos, y estimulada por su presencia en gran parte, la actividad intelectual de la naciente República.

Constituía la nacionalidad, el signo de su autonomía literaria se personificaba en Francisco Acuña de Figueroa,—á quien hubiérase podido llamar aún con más exactitud que el poeta de la nacionalidad que se iniciaba, el poeta de Montevideo: la encarnación del espíritu de una ciudad y de su crónica, animados por una poesía risueña y apacible que tenía algo del aspecto de esa misma ciudad.—Cuando la plaza fuerte dentro de cuyos muros había escrito el «Diario» del sitio de 1812, se alzaba al rango de capital de un pueblo independiente y á la dignidad republicana, cobró de súbito el acento del versificador que hasta entonces había militado en las filas humildes de la tradición prosaica de Iriarte, ó la vulgar y villanesca de Lobo, cierto brío, cierta elevación, cierta grandeza, y dieron ritmo sus cantos á las primeras palpitaciones de la existencia nacional.

Mientras la vida pública, en la capital del nuevo Estado, tenía de este modo su poeta,—el poeta que ensayaba crear, por sobre el lenguaje del documento, la prensa y la tribuna, una expresión más ideal y más alta para el sentimiento colectivo, reflejábanse con no menos fidelidad la vida íntima y la vida de sociedad del mismo centro en otras formas inagotables de su producción, que seguían el cauce liso y ameno de la estrofa galante ó de la sátira deleitosa y sin hiel.—No estaba solo, el poeta del Himno, en aquella primera manifestación de su actividad literaria.—Carlos Villademoros, Manuel y Francisco de Araúcho, buscaban inspirarse

también, entre otros que les son inferiores, en los acontecimientos de su época.—Eran sus cantos como un remedo, un tanto candoroso y aldeano, de la genialidad del lirismo solemne y majestuoso que había resonado en América, durante la Revolución, para saludar sus glorias y consagrar sus triunfos.—En esa endeble poesía de circunstancias asociábanse por extraña manera la ingenuidad, el abandono, el candor, todas aquellas condiciones del pensamiento y del estilo que son denunciadoras de la inexperiencia literaria, con el amaneramiento y la artificialidad propios de una retórica que marcaba el último grado de afectación y decadencia en una escuela moribunda.

Las deficiencias de la organización, la pobreza del escenario, su instabilidad en medio á los sacudimientos de la lucha, la misma condición de generaciones que habíanse formado en escuela poco propicia á las manifestaciones desinteresadas del pensamiento,—como que las fuerzas de su mentalidad hubieron de confluír con las de su carácter y su brazo en las porfías de la acción—concedían un espacio muy limitado á aquellas tareas del espíritu que no se relacionaban directa é inmediatamente con ellas, y vedaban toda otra forma de expansión, á quien las cultivaba, que la que se acogía tímidamente á las columnas de periódicos que vivían la vida agitada y febril de la pasión, difundiendo en sus alas de fuego, sin amplitud para reflejar otras actividades de la vida y dar voz á más serenas aspiraciones.

Faltaba nervio en la vida intelectual, faltaba la pasión, faltaba el brío, que una nueva generación estaba destinada á llevar á los torneos de la inteligencia, realizándolos por el doble impulso vivificador de sus ideas revolucionarias y de su genialidad activa y generosa.

Marcos Sastre, á quien en relación al orden de tiempo podríase conceder la primacía entre los hombres que participaron del carácter de este elemento innovador, había incorporado, desde la primera juventud, á la sociedad argentina su acción y sus talentos, prestando allí servicios eficaces á la evolución de 1837 que hemos procurado bosquejar.

Es Andrés Lamas el primero en anunciar, entre nosotros, la renovación del patriado, inteligente y la renovación de las ideas.

Su presencia en la escena pública se anticipa á la de los demás hombres de su generación. Su palabra recoge los primeros ecos de la iniciativa emancipadora que había señalado al pensamiento y la literatura de América, la mente inspirada de Echeverría.

Casi niño, hizo sus primeras armas en la prensa. *El Nacional* de 1836 fué una bandera prestigiosa en sus manos. Sus dotes de escritor se acrisolaron prematuramente en esa campaña vigorosa que terminó para el diarista adolescente con el destierro político.—Y luego, cuando Alberdi pensó atraer hacia la obra de regeneración social y política en que la juventud de su época soñaba, la voluntad de Rosas, invitándole en los *Preliminares* de su traducción de Lerminier á ser el brazo que llevase á la realidad aquel pensamiento, publicó Lamas un pan-

fleto de impugnación donde se hacía resaltar la incompatibilidad de todo ideal de instituciones con la tendencia lógica y fatal de la tiranía.—Vuelto á la prensa en 1837, su alejamiento de Montevideo hizo pronto inevitable.—Cuando regresó con el ejército triunfador del Palmar, tomó de nuevo la pluma. Adquirió entonces el boceto casi infantil del escritor rasgos firmes y audaces que le presentaron como el publicista de su generación, como el publicista de una época nueva. En Octubre de 1838 escribía Lamas el proemio de *El Iniciador*.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

(Concluirá.)

LAS CUCHILLAS

Germán García Hamilton no necesita presentación para los lectores de la REVISTA: sus producciones han exornado más de una vez estas columnas, y es su figura literaria una de las que se destacan entre la joven generación poética del país.

La lucida composición que en seguida se inserta, transparenta las altas condiciones intelectuales de García Hamilton, pues en sus versos se reúnen el criollismo brillante y culto de Elías Regules y la nota épica, entusiástica, patriota, de las inspiradas trovas de Valdenegro.

Á Carlos Martínez Vigil.

Como gigantesco mar
De alta y vastísima playa,
Vese la tierra uruguayaya.
En suaves curvas ondear,
Y si de ombú secular
La alta copa se divisa
Entre la niebla indecisa
Allá á lo lejos, parece
Algún bajel que se mece
Al impulso de la brisa.

Quando su regio tapiz
De flores, la primavera
Tiende, y la verde pradera
Pinta con vario matiz;
Sobre el risueño país,
Alta, elegante, sencilla,
Semeja cada cuchilla
Que el rojo sol tornasola,
Una fantástica ola
De trébol y de gramilla.

Flores de gualda y zafir,
Azules, blancas y rojas,
Entrelazadas sus hojas
Se ven sobre ellas lucir,
Cual si quisieran decir:
Colores tradicionales,
Ya que en luchas fraternales
Os hallasteis divididos,
Aquí viviréis unidos,
Pues todos sois orientales.

Si bajo el manto encendido
De la rutilante esfera
Ruge en la noche una fiera
Entre el bosquecillo dormido,
Del potro despavorido
Se oye el confuso rumor,
Y del casco volador
Vuelvo los ecos el llano
Como redoble lejano
De misterioso tambor.

Y si la hacienda bravía
En súbita atropellada
De la alta noche callada

Turba la calma sombría,
Y á su salvaje armonía
Llega á mezclarse la queja
De algún ave que se aleja,
Aun parece que se escucha,
Entre fragores de lucha,
La diana de Lavalleja.

Y es que las cuchillas son
De nuestra joven historia
Sendas páginas de gloria
Que describa el corazón.
Cada ritmo, cada s6n
Que turba su alto reposo,
Y que en concierto armonioso
Repiten los valles huecos,
Finge en el alma los ecos
De aquel pasado glorioso.

Cuchillas: hoy que el destino
Otra misión os marcó;
Hoy que en arados fundió
El antes hierro asesino;
Siempre que el férreo camino,
Como dos sierpes de acero,
Os abra vasto sendero,
Desjadle, rauda, cruzar,
Aunque os salute al pasar
En un idioma extranjero.

Mas si de extraña legión
Vese de pronto asaltada,
Y á nuevas lides llamada
Nuestra valiente nación,
Truene de nuevo el cañón;
Y entre la contienda fiera
Luzca triunfante, altanera,
En vuestras cumbres izada,
Por cien valientes guardada
La azul y blanca bandera!

GERMÁN GARCÍA HAMILTON.

VESPERTINA

La dorada luz de la tarde acariciaba los lejanos montes; un viento tibio y perfumado, semejante al aliento de una virgen, jugaba entre las hojas de los árboles y rizaba caprichosamente la clara linfa de los arroyos. Aves multicolores cruzaban el espacio en rauda vuelo ó—trovadores alados—hacían oír sus harpadas melodías desde lo profundo de la selva, donde posadas en móviles ramas quizás querrellaran á la tierna compañera.

En el valle, que la sombra envolvía como en impalpables gasas, los potros salvajes galopaban lanzando al aire triunfales relinchos, en persecución de ligeras y hermosas yeguas. Vacadas numerosas reunidas en los rodeos mugían como para manifestarse la satisfacción de que rebozaban, y, más lejos, en el redil próximo al *puesto*, rebaños de ovejas balaban por sus crías.

Un resplandor plateado del lado de Oriente anunciaba la próxima aparición de la luna.

—¡Hermoda tarde para ser amado—exclamé;—y apenas si una onda de aire, quebrándose en una especie de sollozo, respondió con tristes ecos á mis palabras.

Estaba solo, olvidado de los amigos, lejos, muy lejos del bullicio humano, pensando en épocas distantes, hojeando ese gran libro de la memoria donde aletean los recuerdos, semejantes á esos gratos perfumes que se escapan de vasos que contuvieron finas esencias.

Á veces una lágrima furtiva humedecía mis pupilas; á veces una ligera sonrisa con-

traía mis labios; la alegría estremecía en ocasiones mi alma, y en ocasiones mi pobre corazón apresuraba sus latidos. ¡Cuántas varias emociones se sucedieron en el brevísimo espacio de aquella hermosa tarde, llena de perfumes y colores, tibia y rumorosa, alegremente triste!

¡Oh! amada mía! Algo de la esencia de tu alma respiraban las flores del verjel; algo del fulgor de tus miradas escintilaba en la estrella de la tarde; tu aliento tibio y perfumado fluctuaba en el ambiente, y el surtidor oculto bajo la enramada copiaba el ruido leve de tu pie en las arenosas sendas del jardín.

JUAN FRANCISCO PIQUET.

PASIONALES

Á TI

Para ti mi suspiro más hondo,
para ti mi ferviente plegaria,
para ti las endechas sentidas
que entona en sus noches de angustia mi alma,
cual voces dolientes, cual canto medroso
que otrora se oyera vibrar en la ergástula.

Para ti mi recuerdo más dulce,
para ti mi promesa más santa,
para ti los anhelos purísimos,
las ansias ocultas que lleva mi alma,
cual lleva en su seno fragor de huracanes
y chispas de incendio la negra borrasca.

Para ti mi primera sonrisa,
para ti mi postrer esperanza,
para ti mis perdones sinceros,
si acaso algún día perdona mi alma,
el alma altanera, el alma indomable
que al odio contesta con odio y venganza.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

EL ETERNO DÚO

ELLA

¿Que me asome yo á tu alma?
Tengo miedo:
hay dos niñas dentro el marco
de su espejo.

¿Que me mire yo en tus ojos?
Tengo celos,
de esa otra que no sale
nunca de ellos.

¿O te piensas que me ofendes?
¿que yo puedo
dividir en dos sus rayos
y su fuego?

¿Yo sola soy la estrella
de ese cielo,
ó por siempre y para siempre
de él me alejo.

ÉL

Oh! mi niña candorosa,
mi lucero,
son mis ojos, de mi alma
dos espejos.

Y aunque una sola es la imagen
del cerebro,
al mirarme te repites
siempre en ellos.

No te inquietes, que sus luces
y su fuego,
sus miradas, su ternura,
sus reflejos,

son tan tuyos, como míos
los anhelos
de hacer propios tus encantos
y deseos.

No te aflijas, que yo amo
tus ensueños,
tus promesas, ilusiones,
devaneos;

que idolatro tus virtudes
y talento;
que hasta adoro la silueta
de tu cuerpo;

que á todo lo que te halaga
yo lo quiero;
que lo tuyo por ser tuyo
tiene mérito.

Y desde que tú me amas
yo comprendo
que á mí mismo ya me inspiras
más respeto.

Ah! no dudes, alma mía,
de este afecto,
de esta pasión ó locura
que yo siento.

Que hay un hilo misterioso
que en secreto
forma de nuestros destinos
lazo eterno.

Y si me dieras un filtro
con veneno,
mi cariño te matara
por reflejo.

Y aunque esclavo de tus gracias,
un imperio
de venturas eternas
te prometo.

Ten confianza en mi cariño,
que es sincero,
y arde con luz de volcanes
y de incendios!...

ADELA CASTELL.

DESPUÉS DE LA DERROTA

El valeroso ejército vencido,
Como las hojas que el pampero azota,
En confuso tropel desparavido,
Huye con el dolor de la derrota.
El deslumbrante pabellón querido
Al viento huracanado ya no flota:
Cayó también ante el terrible embate
Al tremolar, radiante, en el combate.

Cesó el ronco tronar de los cañones
Y de esparcir la muerte la metralla;
Y se mueven los bravos escuadrones
Compactos como trágica muralla.
Agitando los áuricos pendones,
Y con furor que todo lo avasalla,
Se lanzan ambiciosos de la gloria
A coronar la espléndida victoria.

Á nadie dan cuartel. Al sanguinario
Toque á degüello del clarín lejano
Olvidan, persiguiendo al adversario,
Todo lo noble del ideal cristiano.
En el campo, poco antes solitario,
Degüellan los hermanos al hermano,
Víctima ilustre de la ingrata suerte
Que paga su heroísmo con la muerte.

Cansados de matar los vencedores,
Y á los reflejos nítidos, postreros,
Vuelven al campo funebre de horrores
Tinto en sangre los trémulos aceros.
Entre dianas triunfales y loores
Festean su victoria los guerreros,
Mientras la Luna alumbraba con sus rayos
Del herido los últimos desmayos.

JOSÉ SALGADO.

TRIUNFAL

¿Cómo es posible que á la noche triste
No suceda una noche de alegría,
Y cómo de su mágica armonía
Habíais de dudar cuando la oíste?

En vano, en vano el mundo se resiste
Á la excelsa y sublime fantasía:
Lo fascina, lo atrae, y moriría
Si no soñase más de lo que existe!

Hoy, las que antes miraban desdeñosas
La lira de los rítmicos concertos,
Extasiadas la escuchan, amorosas.

El estro ya triunfó. ¡Ya no hay tormentos!
¡Oh poetas, cantad á las hermosas,
Que yo uniré á los vuestros mis acentos!

MARIO SÁENZ.

Buenos Aires.

MEDICINA LEGAL

(APUNTES DE CLASE)

Pag. 141. (Continuación)

Locuras por impotencia.—Idiotismo.— El idiotismo es una forma de locura que se transmite con mucha frecuencia por herencia; otras veces es inherente á ciertos embarazos. Su diagnóstico es fácil de hacer: el atraso ó impotencia es uniforme en todo el sér; el sistema óseo, muy poco desarrollado, es por lo general raquíutico, aunque se cuentan casos de idiotas de una estatura regular; la cabeza ó muy chica ó muy grande, es decir, microcéfalos ó macrocéfalos, y en este caso es por la gran cantidad de líquidos que llenan las membranas serosas; el cerebro está comprimido por el líquido; la frente deprimida; prominencias en la cara; la cara mayor que el cráneo, estando más desarrollada la mandíbula inferior que la superior; anomalías en la boca y en los dientes; cabeza caída; ojos pequeños, hundidos y que nada dicen; orejas enormes y separadas del cráneo; el labio péndulo destilando una baba inmundicia; son, en una palabra, de un aspecto repelente. Suelen tener bien desarrollados los órganos genitales, y con frecuencia se entregan á excesos vituperables, y esto se comprende, pues son incapaces de ligar dos ideas; no pueden tenerlas; hasta las mismas necesidades animales si por ellos fuera no se cumplirían, como el comer, el dormir, etc.; atienden á los impulsos sensuales sin freno que los domine, pues carecen de razón y de capacidad bastante para dominarlos, y por eso se entregan abiertamente y sin control á esas torpezas. Á propósito de este punto, dice el catedrático del aula: la tendencia lasciva es vehementemente en todo hombre; si se contiene es por ciertas conveniencias, por ciertas razones; en una palabra, porque su razón le aconseja se detenga y no pase de ahí; ahora bien, el idiota, como hombre que es, tiene también esas tendencias lascivas, pero careciendo del control del hombre sano, se arroja sin reparo en brazos de la concupiscencia.

Demencia.—Es sin duda debido á que es tan común esta forma de alteración mental, que se la ha usado como sinónimo de *locura*.

El conjunto de dementes es muy numeroso y todas las locuras por perversión vienen á parar en la demencia, y esto á causa de que las locuras por perversión llevan siempre alatrofiamiento de las facultades mentales. Los dementes se caracterizan por la falta de fuerza mental; no son capaces de coordinar una idea; carecen de espontaneidad moral; tienen á veces errores de sentidos y alucinaciones; atención y memoria disminuidas; son por lo general tranquilos y lloran fácilmente; hablan incoherentemente, unas veces gritando y otras en voz baja, mientras que otros, por el contrario, se encierran en un mutismo absoluto. Sin embargo, no todo es tinieblas en los dementes, y sucede con frecuencia que en medio de su impasibilidad tienen sus destellos de inteligencia, ráfagas de lucidez, sobre todo cuando se ha partido de la cordura para llegar por grados á la demencia. También, y por la misma causa, suele encontrarse delirio en ellos, hallándose algunos sujetos á verdaderos paroxismos, durante los cuales pueden cometer actos de violencia, y esto sucede cuando se ha llegado á ese estado haciendo escala en otra clase de locura con delirio. En el cerebro se nota un derrame de serosidad en la aracnoides y en la pía madre, la osificación de las arterias y venas cerebrales, el atrofiamiento de las circunvoluciones, el aspecto rugoso de la sustancia gris, que tiene un tinte amarillento y ha perdido su aspecto liso, etc.

La demencia se divide en aguda, crónica, senil y paralítica.

En la demencia *crónica* se va lentamente de la sensatez á la locura, sucediendo lo contrario en la *aguda*, en la cual el tránsito es brusco, repentino.

Imbecilidad.—Es una locura por impotencia congénita, incompleta, muy general.

Entre los imbeciles hay algunos que confían con los idiotas, mientras que otros presentan destellos más ó menos importantes de razón. Sus rasgos somáticos principales son: cara triste, sin vivacidad, impasible; ojos pequeños, saltones, móviles; algunos tienen elevada estatura, desarrollado el sistema muscular; y observando bien la configuración del cráneo se nota que no hay perfecta simetría entre la mitad derecha y la izquierda. Predominan en ellos determinados insintos; son, por punto general, lujuriosos, avaros, glotonos y envidiosos. Aunque no en la proporción que en los idiotas, en los cuales el amor y la amistad son letra muerta, carecen de esos sentimientos y llegan hasta prescindir de su familia.

El imbecil, como ya se ha dicho, no es siempre una persona deprimida; los hay con apariencias de talento verdadero, merced á cierta erudición, que poseen gracias á su buena memoria, aparentando lo que no son á los ojos de todos; son incapaces de tener ideas propias y de apreciar con fundamento las ajenas. También se encuentran personas cuyo cerebro no está arriba del de una criatura, y á las cuales les cuesta un triunfo la menor deducción ó el cálculo numérico más sencillo. Estos son también imbeciles de buen cuño.

Este es sin duda la forma de demencia que más interesa á nuestro estudio, siendo su importancia suma bajo el punto de vista médico-legal, lo cual se explica dadas las encontradas opiniones á que el caso concreto puede dar lugar, á causa de que aparece gradualmente, pudiendo decirse que al principio sus manifestaciones son difíciles de determinar: son las de un cerebro perezoso. En general después de una edad más ó menos avanzada según las distintas naturalidades aparece la demencia senil, y es entonces que empiezan las discusiones, pues unos sostienen que hay demencia y otros que no. Indudablemente la demencia no siempre acompaña á la ancianidad: hay excepciones, pues se encuentran viejos que poseen una inteligencia clara á pesar de su edad. No es de éstos de los que se trata aquí, sino de los que hacen cosas extrañas y ejecutan rarezas.

Este período es el más interesante, mientras que los otros no, por estar chiflados del todo. En éstos los síntomas son claros y hablan de grandezas hiperbólicas con la mayor convicción, teniendo también excitaciones peligrosas, á consecuencia de la irritación de las células periféricas, y en este estado son temibles; les da por mandar ejércitos y mandar cargar, ordenan hacer una muerte y hasta matan; hay que encalearlos.

Además del delirio de las grandezas, se encuentra en ellos cierta tendencia al robo, con conciencia muchas veces de lo que hacen, debido sin duda á que como creen que todo es suyo no consideran como robo el acto que ejecutan.

Los enfermos atacados de melancolía todo lo ven negro, y la felicidad de que gozan los otros, se trueca en éstos en una desdicha llena de sombras, y llegan algunas veces hasta el suicidio.

Debemos hacer constar que no hay que confundir la forma de demencia que hemos llamado *meningo-encefalitis difusa* con el delirio de las grandezas, que solamente es un síntoma precursor de aquélla.

LOCURA POR PERVERSIÓN

1.—Las locuras pueden consistir, no en la falta de fuerza, sino en la perversión de las facultades, es decir, que á pesar de seguir un racionio lógico, las ideas son descañadas.

La perversión de las facultades puede tener, por consecuencia, ya errores de percepción sensorial, ó ya alteraciones de los sentidos. Al error de sentido se le llama *ilusión*; al de percepción sensorial, *alucinación*. La ilusión es objetiva; la alucinación, subjetiva.

Ilusión ó error de sentidos, es la mala manera como se recibe una percepción; alucinación es la mala manera como se recibe una idea. Ejemplo de ilusión: un individuo ve un objeto A y percibe á B, ó tiene delante un tintero y ve, ó más bien dicho,

La demencia *paralítica* es una enfermedad que tiene su locación conocida. Su nombre es impropio, llamándose también *delirio de las grandezas*. Teniendo en cuenta sus caracteres anatómo-patológicos, su nombre es el de *meningo-encefalitis difusa*. El nombre de paralítica responde á que en el último período la enfermedad trae como consecuencia la parálisis, que por otra parte rara vez se produce, porque muy contado es el caso en que se llega á ese período, pues la muerte sorprende al paciente sin que se complete la parálisis.

En el período prodrómico de esta enfermedad mental, reviste estos signos muy claros: el individuo piensa con rareza, diferente de los demás, cometiendo disparates de todo género, creyéndose siempre ó cuando menos en las cuatro quintas partes un gran hombre, un príncipe, etc., construyendo villas y castillos con un lujo y derroche de imaginación portentosa, que rara vez se

La demencia *senil* es la forma que aparece como consecuencia obligada del deterioro de los órganos mentales, como consecuencia de la avanzada edad. No es propiamente una enfermedad: es una condición natural inherente al decrecimiento de las actividades al salir de la vida; es un desenvolvimiento regresivo que trae anomalías funcionales. Cuando una persona llega á ser muy vieja, sus órganos se deterioran y concluyen por destruirse, trayendo como consecuencia la demencia senil ó *chochez*, la cual se caracteriza por la depresión mental y mala memoria.

Esta es sin duda la forma de demencia que más interesa á nuestro estudio, siendo su importancia suma bajo el punto de vista médico-legal, lo cual se explica dadas las encontradas opiniones á que el caso concreto puede dar lugar, á causa de que aparece gradualmente, pudiendo decirse que al principio sus manifestaciones son difíciles de determinar: son las de un cerebro perezoso. En general después de una edad más ó menos avanzada según las distintas naturalidades aparece la demencia senil, y es entonces que empiezan las discusiones, pues unos sostienen que hay demencia y otros que no. Indudablemente la demencia no siempre acompaña á la ancianidad: hay excepciones, pues se encuentran viejos que poseen una inteligencia clara á pesar de su edad. No es de éstos de los que se trata aquí, sino de los que hacen cosas extrañas y ejecutan rarezas.

Este período es el más interesante, mientras que los otros no, por estar chiflados del todo. En éstos los síntomas son claros y hablan de grandezas hiperbólicas con la mayor convicción, teniendo también excitaciones peligrosas, á consecuencia de la irritación de las células periféricas, y en este estado son temibles; les da por mandar ejércitos y mandar cargar, ordenan hacer una muerte y hasta matan; hay que encalearlos.

Además del delirio de las grandezas, se encuentra en ellos cierta tendencia al robo, con conciencia muchas veces de lo que hacen, debido sin duda á que como creen que todo es suyo no consideran como robo el acto que ejecutan.

Los enfermos atacados de melancolía todo lo ven negro, y la felicidad de que gozan los otros, se trueca en éstos en una desdicha llena de sombras, y llegan algunas veces hasta el suicidio.

Debemos hacer constar que no hay que confundir la forma de demencia que hemos llamado *meningo-encefalitis difusa* con el delirio de las grandezas, que solamente es un síntoma precursor de aquélla.

LOCURA POR PERVERSIÓN

1.—Las locuras pueden consistir, no en la falta de fuerza, sino en la perversión de las facultades, es decir, que á pesar de seguir un racionio lógico, las ideas son descañadas.

La perversión de las facultades puede tener, por consecuencia, ya errores de percepción sensorial, ó ya alteraciones de los sentidos. Al error de sentido se le llama *ilusión*; al de percepción sensorial, *alucinación*. La ilusión es objetiva; la alucinación, subjetiva.

Ilusión ó error de sentidos, es la mala manera como se recibe una percepción; alucinación es la mala manera como se recibe una idea. Ejemplo de ilusión: un individuo ve un objeto A y percibe á B, ó tiene delante un tintero y ve, ó más bien dicho,

La demencia *paralítica* es una enfermedad que tiene su locación conocida. Su nombre es impropio, llamándose también *delirio de las grandezas*. Teniendo en cuenta sus caracteres anatómo-patológicos, su nombre es el de *meningo-encefalitis difusa*. El nombre de paralítica responde á que en el último período la enfermedad trae como consecuencia la parálisis, que por otra parte rara vez se produce, porque muy contado es el caso en que se llega á ese período, pues la muerte sorprende al paciente sin que se complete la parálisis.

En el período prodrómico de esta enfermedad mental, reviste estos signos muy claros: el individuo piensa con rareza, diferente de los demás, cometiendo disparates de todo género, creyéndose siempre ó cuando menos en las cuatro quintas partes un gran hombre, un príncipe, etc., construyendo villas y castillos con un lujo y derroche de imaginación portentosa, que rara vez se

cree ver la torre de la Matriz. Ejemplo de alucinación: una persona no tiene nada delante, y sin embargo cree ver un fantasma.

En los casos de alteraciones de los sentidos se tiene un objeto positivo delante, pero uno se equivoca en cuanto a lo que es en realidad. Cuando hay errores de percepción sensorial, no hay nada real, y se cree sin embargo ver algo material.

La ilusión tiene nombres especiales según los sentidos; así se llama *visión* el error del sentido de la vista.

Las alucinaciones son tan frecuentes como las ilusiones, siendo las más comunes las del oído y la vista: por ejemplo, el delirio de los borrachos. No hay punto externo a que pueda referirse la alucinación. En el oído, por ejemplo, se cree oír ruido de cascadas, cuando en verdad no hay tal cosa. Se cita el caso de un hombre que creyendo oír que todas las noches iban a darle serenatas a su mujer, de celoso se hizo agresivo. Otro caso es el de ciertos individuos que, estando hablando tranquilamente con otro, dicen de repente: «disculpe, disculpe, que me están llamando,» cuando no hay nada de eso.

En los otros sentidos no son tan comunes las ilusiones y alucinaciones. En el gusto se encuentran pocas alucinaciones, pero bastantes ilusiones; por ejemplo, uno come tierra y le parece estar comiendo melón. Alucinación del sentido del tacto, es el caso de aquel individuo que creía tener otro al lado, y decía que la comida que daban no la comía él sino la persona que tenía al lado.

También hay alucinaciones viscerales; y como caso típico se cita el de una muchacha que según ella tenía un batallón en el vientre, el cual no le incomodaba sino cuando hacía ejercicio.

Hay también alucinaciones genitales. Se cita el hecho de una joven que acusó a un moreno esclavo de que la había violado y que iba de noche a su cuarto; el negro negaba. Por esto se encerró al presunto violador, y la joven a pesar de eso sostuvo al otro día que éste había estado la noche anterior en su dormitorio. Se la sometió a un examen pericial médico, y se constató que era doncella.

Otra manifestación de locura por perversión sería la incoherencia, es decir, falta de encadenamiento lógico, falta de relación entre una cosa antecedente y otra consecuente. Cuando hay exuberancia de ideas hay incoherencia en éstas; si no la hubiera, el individuo sería un talento extraordinario. Lo contrario puede suceder, que haya incoherencia sin exuberancia.

2.—A todas estas manifestaciones las llamaremos *manías generales*, y de éstas hay varias clases, pero generalmente una sobrepaja a las otras.

Manía es la perversión general de ideas en todas las cosas; *monomanía*, cuando está limitada a un orden determinado de ideas. En la práctica esto no es tan claro, pues estas formas son transitorias, son tintes por los cuales se pasa grado a grado, a medida que la perversión pasa de parcial a general. Así una persona que padecía de una monomanía X, cambia, haciéndose más general.

Los franceses no entienden por monoma-

nía la perversión parcial, sino cuando está acompañada de excitación; si no la hay, la llaman *melancolía*.

En las manías generales puede haber predominio de ciertas ideas, sin que por esto pasen a ser monomanías. No hay que confundir la manía completa con la media lúcida ó intermitente: hoy está loco rematado y mañana, en apariencia ó en realidad, cuerdo como el que más.

La manía, pues, puede tener sus tintes, siendo una de estas formas especiales la *keromanía*, ó manía general con predominio de las ideas alegres. Otra forma es la *lipemanía*, perversión general con predominio de las ideas tristes. La *lipemanía* es más común en las mujeres; la *keromanía* en los hombres. Puede suceder que estas dos clases distintas se encuentren en un mismo individuo, y en nuestro M. Manicomio había un tipo característico de esto: era un individuo que tenía sus días de abierta francachela, bailaba, reía, cantaba simon ce sar, y después de algunos días caía en una postración intensísima. A esta forma se le llama *mania circular*. La *demonomanía* es una manía que da por el misticismo, aunque al principio se creen poseídos por el diablo. Otros que padecen de manía religiosa se creen vigilados de continuo por Dios, que está esperando la ocasión para castigarlos. Su aspecto es de recogimiento místico, muy callados, con aire de profunda meditación.

Después de éstas *híbrida* y las manías por transformación, en las cuales el hombre se cree convertido en un animal, *zootropía*. El animal es real unas veces, imaginario otras. Toman diferentes nombres según el animal en que se creen transformados; así se llama *licantropía*, hombre convertido en lobo; *cinantropía*, en perro, etc. Se cuenta de un pastor en España que se creía lobo; andaba en los bosques haciéndolo verdadera vida de fiera, alimentándose de papas y siendo verdadero terror de Galicia. Los vecinos formaron una especie de partida para darle caza, y lo consiguieron matándolo como a una bestia feroz. En Alemania existía un convento de frailes, que tenía a poca distancia otro de monjas, creyéndose convertidos, tanto los unos como las otras, en gatos. Por la noche subían a las *bolhardillas* y empezaban a mayar, regresando a sus celdas al venir el día.

3.—*Monomanías*.—Entendemos por monomanía según la escuela española la perversión parcial de las facultades, y no la que entienden como tal los franceses al decir que monomanía es la manía con excitación y *melancolía* la manía con depresión.

No todas las monomanías interesan igualmente al médico legista. Entre ellas las hay *peligrosas* é *inofensivas*, entendiéndose por las primeras aquellas que pueden ocasionar daño a la persona propia ó ajena. Sólo las peligrosas tienen importancia médico-legal, pues pueden dar lugar a ciertos delitos, en los cuales conviene discusir sobre la responsabilidad del agente o criminal. Se dividen en dos clases, según tengan ó no delirio; y son, ó contra las personas, ó contra la propiedad. Entre las monomanías peligrosas podemos citar: la homicida, la suicida, la del robo ó *kleptomanía*, la incendiaria, la antro-

porfágica, la necromanía, la genital, la dipsomanía, etc.

La más interesante de las monomanías es la *homicida*, pues puede dar lugar a múltiples cuestiones relacionadas con la responsabilidad penal. Por monomanía homicida se entiende la tendencia impulsiva y ciega que siente el loco a matar. En esta monomanía no hay delirio manifiesto, pues comprende el atacado por ella que tiene delante de sí un hombre. Como signos precursoros que se presentan algunos días antes se encuentran: sequedad de boca, con sabor amargo, poco apetito, digestiones difíciles con desarrollo de gases, diarrea, postración, y sobre todo insomnio; si se duerme se tienen pesadillas.

Esta tendencia a atentar contra la vida de otro, puede aparecer constantemente, lo que es raro, ó con intermitencias, lo que es más general. Esta impulsión tiene caracteres definidos: se presenta de una manera violenta, es un frenesí; matan sea a quien sea, y sólo se calman con la ejecución de lo que anhelan.

Es la más importante de las monomanías, porque muchos criminales se fingen locos, y creen pasar por tales, cuando han sido instigados realmente por la pasión. Las impulsiones en la manía homicida se caracterizan por el estado de ceguedad, no se mira a quien se mata, se quiere matar sin referirse a tal ó cual sujeto, y se apela al primero que se encuentra. En la pasión no sucede eso: se mata por venganza, y ella recae sobre persona de antemano determinada.

En esta monomanía sucede con frecuencia que van a la ejecución arrastrados por ilusiones: ven un hombre delante, y lo creen, no lo que es, sino una fiera que se les abalanza, una torre que los aplasta, etc., y lo matan sin tener conciencia de lo que han hecho.

Monomanía suicida.—Se ha negado por unos que exista, y por otros se ha sostenido que todo suicida es un loco, que nadie se mata sin estar en realidad fuera de la razón. Por el pronto es indudable que la monomanía suicida existe; y por otra parte es tan equivocada la doctrina que sostiene que todos los suicidas son locos, como la que dice que son cuerdos. La verdad está en el término medio. Hay suicidas sensatos que se matan, por ejemplo, por haber perdido su fortuna.

La monomanía suicida es una impulsión intermitente, la cual puede durar más ó menos días, ó es fugaz. Esta clase de locos es reservada, tratan de evitar que se note su idea. En la generalidad, ó por lo menos con alguna frecuencia, acompaña a la monomanía homicida, pues son bastante numerosos los casos de locos que habiendo muerto a una ó más personas en un momento impulsivo, rematan su obra dándose ellos mismos la muerte. Hay casos en que el individuo se mata indirectamente, por perversiones del gusto y con materias tóxicas.

JOSÉ FERRANDO Y OLAONDO.

[Continuará] Pág. 171.